Cuentos de Hadas

RAMÓN SOPENA, EDITOR, PROVENZA, 93 A 97. — BARCELONA

00133314

APROBACIÓN ECLESIÁSTICA

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT
EL CENSOR,
AGUSTIN MAS FOLCH

Barcelona 15 de junio de 1917.
IMPRIMASE
EL VICARIO GENERAL,
JUSTINO GUITART

POR MANDADO DE SU SRÍA.,
LIC. SALVADOR CARRERAS, PBRO.
Scrio. Canc.

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

CUENTOS DE HADAS

DONATION
Garcia Tejera
Isro

S. H. HAMER

RAMÓN SOPENA, Editor.
Provenza, 93 a 97.—BARCELONA

Derechos reservados.

Ramón Sopena, impresor y editor, Provenza, 93 a 97.—Barcelona

CUENTOS DE HADAS

—¡En manera alguna!—contestó Libélula, golpeando impaciente con sus talones el hongo que le servía de asiento.

LAS HADAS Y LA BRUJA

—¡Esto no puede seguir así!—dijo Luciérnaga.

—¡En manera alguna!—contestó Libélula, golpeando impaciente con sus talones el hongo que le servía de asiento.—Hay que tomar una medida.

—No podemos dejar que las cosas sigan como están—terció Mariposa en tono decidido.—Pongamos en juego nuestra imaginación.

Las tres simpáticas Hadas doblaron sus cabezas, para apoyarlas en las palmas de sus manos, y en sus frentes aparecieron muy pronto profundas arrugas, señal evidente de la labor de su cerebro.

En realidad, la situación en que se encontraban era bastante desagradable. Desde hacía unos días había ido á establecerse en el Bosque de las Hadas una bruja muy fea, huraña y de carácter endiablado, que nunca se separaba de un gatazo negro, tan feo como ella, y que parecía tener por misión única hacer todo el daño posible. Como consecuencia de esto, el Bosque de las Hadas, que había sido hasta entonces el centro de reunión favorito de todos los niños de las inmediaciones, adquiría de día en día una fama cada vez más siniestra, pues las malas artes de la bruja las achacaban todos á las Hadas, con gran disgusto de éstas.

La última hazaña de la vieja bruja había excedido en maldad á todas las anteriores. Dos chiquitines, amigos particulares de las Hadas, estaban jugando y correteando por el bosque cuando tuvieron la mala suerte de pasar por el camino de la bruja; acompañaba entonces á los niños un perrito que atacó al gatazo negro de la vieja, y ésta, en venganza, encantó á los tres, convirtiendo á los niños en conejos y al perrito en piedra. Se comprenderá, pues, que las Hadas tenían motivos de sobra para estar excitadas.

Duraba ya un buen rato la meditación de las tres Hadas cuando Luciérnaga alzó la cabeza con expresión triunfante, y dijo:

—¡Lo encontré! ¡Ya he ideado lo que conviene hacer!

—¿Qué? ¿Qué?—preguntaron al unísono las otras dos.

—¡Chis!—hizo la primera, llevándose un dedo á los labios.—¡Escuchen!

Y misteriosamente y en voz muy baja, para que la bruja no pudiera oirla, por cerca de ellas que estuviese, les explicó el plan que había formado.

Después de dos ó tres minutos de animado cuchicheo, Libélula y Mariposa aplaudieron entusiasmadas, y se rieron ruidosamente.

—¡Infalible!—exclamó la última.—Yo seré...

—¡Cállate! — interrumpió Luciérnaga. — Puede estar cerca ella y...

—¡Nos veremos libres de la maldita para siempre!—dijo Libélula bailando desaforadamente, presa de una agitación febril.

—¡Vamos, vamos! ¡Cada cual que ensaye su parte!

—Esta noche, en cuanto la luna asome su disco, nos encontraremos bajo el viejo roble—acabó diciendo Luciérnaga.

Las tres Hadas emprendieron entonces el vuelo en tres direcciones distintas, á fin de disponer lo necesario para salir triun-

fantes en el duelo de habilidad que en breve iban á librar con la bruja.

Luciérnaga pasó el día entero entre los robles conferenciando con los cuervos, y era ya muy tarde cuando terminó su tarea, que no sabemos en qué consistía. Las nubes enviaban sobre la tierra una lluvia menudita, pero no hizo de esto el menor caso; ¿para qué, si tenía el remedio tan á mano? Tomó un hongo de los que tanto abundaban en el bosque, y levantándolo á guisa de paraguas se encaminó rebosante de júbilo y con paso rápido al lugar donde se alzaba el viejo roble.

Tomó un hongo de los que tanto abundaban en el bosque...

Libélula había estado revoloteando en torno de la casita de la bruja para escudriñar todas sus entradas y salidas, particularmente el lugar que servía de encierro á los dos conejitos, que era una especie de arca mal ventilada en la que no vió más alimento que algunas hojas de col. Se comprenderá que, como en realidad ésos no eran conejitos sino un niño y una niña, debían pasarlo muy mal con semejante alimento. Y, momentos antes que la luna se hiciera visible en el horizonte, Libélula abandonó aquellos lugares para llegar oportunamente al pie del viejo roble.

Mariposa, mientras tanto, había empleado el día entero en un ejercicio muy curioso: estuvo ejercitándose en cabalgar sobre una escoba. Muy mal hacía eso al principio, y no fueron pocas las veces que desmontó contra su gusto, cayendo al suelo, aunque se comprenderá que, provista de alas como estaba, sus caídas no podían tener consecuencias; pero fué perseverante, continuó el ejercicio, y consiguió al fin cabalgar sobre la escoba con toda comodidad y soltura, y guiarla por todas partes como si fuera dócil caballo. Partió hacia el viejo roble con tiempo de sobra para asistir á la cita con las otras dos Hadas.

Una vez que se hubieron reunido, las tres cambiaron sus impresiones y dejaron ultimado el plan de ataque. Luciérnaga iría

á llamar á la puerta de la casita de la bruja y entablaría conversación con ella mientras Mariposa, montada sobre su escoba, entraría por la chimenea y cambiaría su cabalgadura por la de la vieja, apoderándose de paso de su capa y de su sombrero. Esto era una condición indispensable para destruir el encanto, para devolver á los pobres niños su forma y estado anteriores. Logrado eso, Mariposa subiría otra vez por la chimenea de la misma manera que había bajado, para salir al encuentro del cuervo Graznador, á quien había prevenido ya que la bruja lo llamaba para que asistiese á un pequeño cambio de escena. Y la misión de Libélula consistía en acercarse cautelosamente, penetrar en la casita por la parte posterior y cargar con el arca de los conejitos, trasladándola al viejo roble.

Todo salió á pedir de boca, tal como las Hadas lo habían pensado. Luciérnaga, adoptando la forma de un gnomo viejo, amigo de la bruja, entretuvo á ésta en la puerta de su casita refiriéndole una historia larguísima á propósito de un valioso tesoro que había perdido y para cuyo hallazgo solicitaba su auxilio. Por este medio consiguió despertar la avaricia de la vieja, que, como suele ocurrir casi siempre, se propuso quedarse con todo el tesoro cuando lo descubriesen, y mientras tanto Mariposa pudo entrar por la chimenea sin que nadie lo advirtiese. Cambió las escobas, se apoderó de la capa y del sombrero, y acababa de desaparecer por la chimenea cuando la vieja bruja, prevenida por un maullido del gato, dió media vuelta y pudo divisarla todavía. Comprendió entonces que acababan de jugarle una mala pasada, porque el supuesto gnomo había desaparecido, y la furia de la vieja no tuvo límites cuando vió que el arca de los conejos tampoco estaba en su sitio. Agarró precipitadamente la escoba, se encaramó sobre ella de un salto, bar-

...y Graznador, el cuervo, posado en la parte delantera del mango... (Pág. 5)

botó las palabras mágicas, y la escoba emprendió el vuelo rasgando los aires ; pero, como no tenía la resistencia suficiente para aguantar su peso, se partió en dos cuando pasaba sobre la olla que suspendida de una cadena hervía en el hogar, y la vieja fué á caer de cabeza dentro de ella.

Entretanto, Mariposa seguía felizmente su camino, y Graznador, el cuervo, posado en la parte delantera del mango, le iba diciendo las palabras mágicas.

Llegados al viejo roble, encontraron ya allí á Luciérnaga y á Libélula, con el arca y los dos conejitos, muertos de miedo, dentro de ella, junto á una piedra negra.

No perdió tiempo Mariposa. Momentos después, dos niños y un perrito se dirigían apresuradamente á su casa, mientras las tres Hadas, enlazadas las manos, se entregaban á una danza fantástica á la luz de la luna.

LA TORTUGA Y EL SAPO

—¡Qué desgracia!—decía el Sapo, procurando salir...

—¡ Qué desgracia !—decía el Sapo, procurando salir del lugar donde acababa de arrojarle la reina.—¡ Es la trigésima novena reina á que me he dirigido con la esperanza de encontrar quien se apiade de mí y rompa el encanto que me tiene reducido á esta condición, y todas me han tratado de la misma manera : todas

me arrojan violentamente de su presencia, pronunciando las mismas palabras: «¡Uf! ¡largo de aquí, asqueroso!»

—¡Peor que eso es que lo tomen á uno por objeto de risa!—replicó la Tortuga.—Por juguete me tienen á mí, y hoy mismo, esta mañana, no sé cómo no me he muerto de pena al verme obligada á llevar sobre mi espalda á dos principitos, ora al uno, ora al otro. Comprenderás que eso es de lo más humillante, de lo más indigno que puede haber para una princesa, por encantada que esté.

—¡No, no! ¡No es eso tan humillante, tan indigno, como recibir un puntapié é ir á parar á un cenagal inmundo, como acaba de ocurrirme á mí—replicó con acento de profunda tristeza el Sapo.—No creo que haya existido jamás un príncipe sujeto á sufrimientos tan atroces.

...no sé cómo no me he muerto de pena al verme obligada á llevar sobre mi espalda...

—¡Cuánto han cambiado las costumbres!—continuó la Tortuga.—Ya las personas no juegan con bolitas de oro junto á las fuentes, ni caen sortijas al río, como ocurría antes. ¡Y es una verdadera lástima, porque, si sucediera eso, tal vez las encontraríamos nosotros!

—Lo más molesto para los que somos sapos—contestaba el príncipe encantado—es que yo, que nunca podía sufrir los lugares húmedos, yo, que moraba en un palacio suntuoso, me veo ahora obligado á vivir en los sitios más repugnantes... ¡en el fondo de un pozo ó en alguna batea vieja!

—Pues, ¿y yo?—decía en tono quejumbroso la princesa.—Yo, que quiera ó no quiera he de dormir forzosamente todo el invierno y no puedo recobrar mi forma y mi estado antiguos si no estoy despierta. ¡Me parece que mi suerte es bastante más desagradable que la tuya!

—¡Aquí llega otra reina!—dijo el Sapo, mirándola con sus ojos turbios.—Probaré otra vez...

—Pues yo me voy á descabezar un sueñecito—contestó la Tortuga con visibles muestras de cansancio,—ya me dirás después si te escucha y si te sirve de algo.

—Convenido—dijo el Sapo, dirigiéndose resueltamente al encuentro de la reina, aunque temía un recibimiento análogo á los anteriores.

Esta vez se equivocó, sin embargo. La reina prestó oídos á su historia y no lo tiró al cenagal, como lo habían hecho todas las otras, sino que lo llevó á su palacio y le permitió que comiese en su mesa.

La primera de las condiciones necesarias para el desencantamiento del príncipe quedaba cumplida así, pero no la segunda, que consistía en que la reina lo estrellase contra la pared. Temió el Sapo que la reina no se decidiese á hacer eso, y su temor tenía sobrado fundamento porque la reina era muy bondadosa; pero afortunadamente se encolerizó con él á los postres y lo lanzó contra la pared. Inmediatamente, apareció ante sus asombrados ojos un hermoso príncipe que la contemplaba con una mirada de agradecimiento.

El desencantado se inclinó graciosamente ante la reina y dijo:

—¡Señora! Jamás podré pagarle en lo que vale el favor que acaba de hacerme rompiendo el encanto que me tenía reducido á la forma y estado de asqueroso sapo. Su bondad inmensa, bondad que estoy leyendo en sus ojos, me anima á solicitar de usted otro favor: permítame que salga al jardín

donde llora su desgracia una persona que quiero mucho y que ha sido convertida en tortuga. En seguida estaré nuevamente con usted.

...se transformó en una princesa hermosísima, que dormía plácidamente.

Salió al jardín donde encontró á la Tortuga profundamente dormida: detúvose á su lado, besó su repugnante cara, é inmediatamente el feo animal se transformó en una princesa hermosísima, que dormía plácidamente. El príncipe la alzó del suelo con amor y la llevó al interior del palacio.

¿Será preciso que diga que tan pronto como los dos se hubieron contado sus respectivas historias se casaron y vivieron siempre felices?

LAS LÁGRIMAS PRECIOSAS

Hubo hace tiempo, muchísimo tiempo, un príncipe llamado Ahmed que salió por el mundo en busca de aventuras, sin llevar consigo más que su dócil corcel, su lanza, su espada y su escudo, y que á fuerza de andar llegó á tierras muy lejanas que no conocía ni de oídas. Continuó su viaje, sufriendo impávido los abrasadores rayos del sol durante el día, sin más abrigo durante la noche que la azulada bóveda celeste, abrigo que, aun-

que lujoso, resulta excesivamente frío, y aguantando el hambre y la sed, pero sin que tantas penalidades amortiguasen poco ni mucho su afán por acabar gloriosas empresas.

Llegó al fin á un desfiladero estrechísimo, flanqueado por entrambos lados de rocas tan altas como escarpadas, que apenas dejaban trecho suficiente para que pasase su cabalgadura. Lejos de arredrarse, el príncipe aguijoneó á su fatigado corcel y se aventuró por el angosto paso, no obstante la perspectiva poco halagüeña que á su vista se ofrecía.

El desfiladero se iba estrechando cada vez más, como un embudo. En el momento en que parecía materialmente imposible continuar, tanta era su angostura, presentóse ante la asombrada vista de Ahmed una llanura dilatadísima, cubierta de verde hierba y llena de antílopes que se solozaban corriendo alegremente. Espoleó á su caballo, ávido de gozar desde más cerca de una visión tan encantadora, cuando otra, más deliciosa todavía, le dejó como clavado en el sitio. Sobre la mullida hierba parecía estar durmiendo un plácido sueño una doncella hermosísima, junto á una fuente que al borde del camino dejaba escapar caprichosos surtidores de agua cristalina. El rumor que hicieron los cascos del caballo la despertó y la obligó á alzar la cabeza para fijar sus hermosos ojos, que reflejaban profunda sorpresa, en el príncipe Ahmed. La doncella era más bella que el sueño de un poeta, pero cubría su rostro una expresión de tristeza infinita. El asombro de Ahmed no tenía límites al ver en un lugar como aquél, sola y sin que nadie cuidase de ella, una doncella de semejante condición, pues los ricos vestidos que ostentaba revelaban bien á las claras lo elevado de su nacimiento y se apresuró á preguntarle si podía servirle en algo.

—¡ Vuélvase, señor, vuélvase ! — contestó ella, alzando sus tristes ojos y moviendo con aflicción la cabeza.—¡ Vuélvase, antes que le ocurra una desgracia !

Ahmed, que por nada del mundo hubiera renunciado á seguir adelante, desoyendo las súplicas de la doncella persistió en su resolución de correr la aventura.

Lanzó la afligida dama un profundo suspiro y dijo :

—¡ Qué desgracia ! ¡ Va usted á correr la misma infausta suerte que todos los otros ! Sepa, señor, que todo el que en este reino penetra se ve obligado á acometer una empresa desesperada, bajo pena de muerte si se niega á ello. La empresa á que me refiero es tan difícil, tan poco hacedera, que aunque son muchos los que la han intentado ninguno ha podido salir de ella victorioso.

—¿En qué consiste?—preguntó Ahmed simplemente.

—En encontrar mis lágrimas—contestó la doncella.—Yo soy una princesa de estas tierras, y al nacer me vi favorecida con los dones más preciados. Riquezas, hermosura, habilidades, todo lo recibí, pero al propio tiempo hicieron pesar sobre mí una adición horrible: por cada lágrima que vertiese perdería un año de vida. Comprenderá, señor, que mis padres, que me adoraban, no escasearon las medidas para impedir que derramase yo una lágrima; mas ¡ah! todo fué en vano. Unas veces por una causa, otras por otra, he vertido muchísimas en la vida, hasta llegar al estado desesperado de saber que, con una más que derrame, terminará mi vida.

Prorrumpió Ahmed en denuestos é imprecaciones contra quien había reducido á la princesa á condición tan deplorable; pero ella lo interrumpió, diciendo:

—Réstame, en medio de todo, una esperanza. El perverso mago que lanzó sobre mí el hechizo que acabo de explicarle ha recogido todas las lágrimas que mis ojos han vertido y las guarda con la avidez del avaro en una fuente defendida por cuatro furiosos leones. Si yo lograra recobrar esas lágrimas preciosas, el hechizo quedaría roto y desaparecería la sombra que entenebrece este desventurado reino.

Ahmed, prendado de la hermosura de la princesa y sujeto por las dulces cadenas de sus encantos, decidió emprender sin pérdida de momento la conquista de las lágrimas. Condujo á la princesa al palacio de sus padres y se presentó al viejo rey como pretendiente de la mano de su hija. Dijéronle las condiciones á que debía someterse, y partió resuelto á llevar á cabo la aventura ó á morir en la demanda.

Largo era el camino, y lleno estaba el viaje de dificultades y molestias; pero la imagen de la princesa, que de su imaginación no se separaba, y el peligro inminente que la amenazaba, eran acicates poderosos que le hicieron olvidar las fatigas y peligros que por todas partes lo rodeaban.

Después de largos días de andanza incesante, llegó cerca del palacio del mago, en cuyas soberbias torres pudo ver cómo se quebraban los rayos del sol de mediodía. Al aproximarse á la puerta principal para solicitar hospitalidad, salióle al encuentro un arrogante jinete oprimiendo los flancos de un corcel negro como la noche. Ahmed le explicó sus pretensiones, y el desconocido se ofreció á servirle de guía sonriendo de una manera muy extraña; manifestóle que conocía á fondo al mago y que, ó mucho se equivocaba, ó conseguiría minar por la base todos

sus planes. Ahmed le dió las gracias, y juntos continuaron el camino. El desconocido aconsejó al príncipe que se proveyese de cuatro buenas porciones de carne con las que podría tener entretenidos á los leones mientras llenaba su redoma en la fuente de las lágrimas; Ahmed consideró acertado el consejo y lo siguió al pie de la letra.

Cuando hubieron llegado á un sitio desde el cual podían verse los cuatro leones rugiendo furiosos en espera de su presa, volvióse hacia Ahmed el desconocido y le dijo:

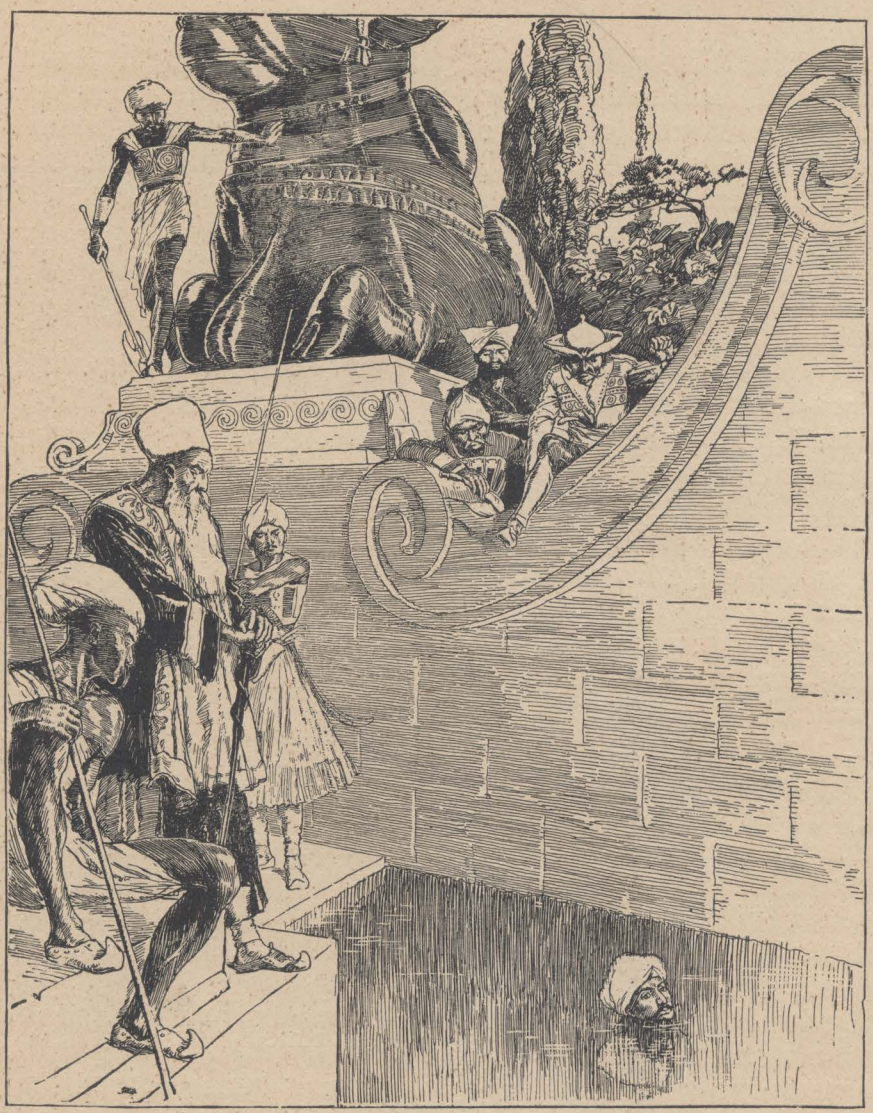
Fuerza es que me despida de ti aquí. Sigue mi consejo, y sobre todo, no viertas ni una sola gota del preciado líquido, porque de lo contrario estarás perdido. Te dejo mi caballo, que podrá serte de más utilidad que á mí.

Admirado dejaron á Ahmed estas palabras, y tenía ya en la punta de la lengua la contestación, cuando vió, con sorpresa no menor, que el desconocido había desaparecido. Más perplejo que nunca se quedó Ahmed entonces, contemplando el caballo sin jinete que tenía delante, cuando los rugidos de los enfurecidos leones le recordaron que su misión no estaba cumplida todavía, ni acabada su aventura.

Sin que decayera su valor, descargó tres golpes seguidos con el pomo de su espada sobre la puerta que se abrió de par en par, dejando expedito el camino á los cuatro leones, que avanzaron furiosos contra él. El príncipe no vaciló un momento: tiró á las fieras las cuatro porciones de carne, y se dirigió hacia la fuente, donde se apresuró á llenar su redoma; y antes que los leones hubieran dado cuenta de su comida, ya Ahmed había logrado ponerse en salvo.

Todo salió á pedir de boca hasta aquel momento, gracias á las instrucciones que le había dado el extraño caballero; pero desgraciadamente olvidó la última, pues quiso escudriñar el contenido de la redoma, y en su examen dejó caer al suelo una gota.

Aquella gotita de agua, no bien llegó á tierra, principió á extenderse rápidamente y á crecer, á crecer mucho, hasta formar un lago inmenso. Ahmed hundió con fuerza sus espuelas en los ijares de su caballo, que partió como una flecha huyendo del palacio del mago. Pero todo fué inútil. El agua, con una fuerza sólo comparable á la que adquiriría si de empinada montaña se despeñara, lo perseguía tenazmente, lo alcanzaba, y su nivel subió y subió, hasta las cinchas del caballo. Comprendió Ahmed la necesidad de aprovechar el segundo corcel si quería salvar la preciosa redoma, y la ató á la silla de éste último, que



el agua subió hasta la barba de Ahmed... (Pág. 13)

emprendió una desenfrenada carrera desapareciendo momentos después de su vista. Ahmed dejó escapar un suspiro de satisfacción al ver que la redoma estaba en salvo.

Mientras tanto, el agua no dejaba de subir, sumergiendo primero sus piernas, luego su cintura, luego su pecho... y esa agua estaba fría, muy fría, horriblemente fría. Las fuerzas del caballo se agotaron... ya no pudo luchar más contra una inunda-

ción que le llegaba á la cabeza... Y el agua subió hasta la barba de Ahmed, cada vez más helada, hasta que al fin el desgraciado príncipe quedó preso dentro de un inmenso bloque de hielo.

Dirigió sus miradas á lo alto, y pudo ver sobre las murallas del palacio al mago, acompañado de su servidumbre, mofándose de la desdichada posición en que se encontraba. No hicieron gran mella en el ánimo de Ahmed las burlas de que era objeto; sabía que la redoma preciosa estaba en salvo, que se rompería así el hechizo que hacía desgraciada á la princesa, y no deseaba más; su propia suerte no tenía importancia para él. Pero cuál sería su asombro cuando, al abrir nuevamente los ojos, vió ante sí á la princesa misma, y se llenó de horror al notar que de sus ojos estaban á punto de brotar lágrimas.

El mago lanzaba al viento crueles y sarcásticas risotadas, y la princesa avanzaba con paso decidido. Ahmed la llamó á grandes voces, diciéndole que la redoma estaba en salvo y no tardaría en llegar... ¡Todo fué en vano! La princesa continuó su marcha, la lágrima que temblaba en sus ojos cayó al fin sobre el hielo, que se fundió inmediatamente, y Ahmed se encontró libre entonces, sosteniendo en sus brazos á la infeliz encantada, muy pálida, ya sin vida.

Pintar el dolor, la desesperación de Ahmed, sería imposible; pero momentos después llegó el caballero desconocido oprimiendo los flancos del corcel, negro como las alas del cuervo y trayendo en su mano la preciosa redoma. Roció con el contenido de ésta la cara de la princesa, que abrió dulcemente los ojos en tanto que el color sonrosado volvía á su semblante, y recobró la vida.

Preguntó Ahmed al caballero quién era, y éste contestó:

—Soy el Hada Alígera, que presidió el nacimiento de esta princesa y que ha velado siempre por su suerte. Entre los muchos que la han pretendido, ninguno ha sido tan digno de poseerla como tú; por esta razón confié en ti y no me arrepiento de haberlo hecho. El poder del mago queda destruído para siempre; puedes casarte con la princesa y procura hacerla feliz.

Verificóse la boda, y Ahmed volvió á sus tierras acompañado de su encantadora esposa.

El enanito recitaba en voz alta el contenido de un papel que tenía en la mano. (Pág. 15)

CÓMO ENCONTRÓ PULGARCITO EL AUTOMÓVIL

¡Perdido el automóvil de Carlitos! ¡Y por añadidura el nuevo! Claro está que no era un automóvil de verdad; Carlitos no habría podido manejarlo; pero tenía sus neumáticos estriados que eran una preciosidad, y cuando tiraban de él corría por los paseos del jardín con tanta rapidez como si lo impulsara la gasolina. ¡Y lo había perdido! Carlitos estaba inconsolable. Lo había dejado un momento, un momento nada más, para ir á buscar caracoles, y cuando volvió, el automóvil había desaparecido.

Tan desconsolada como Carlitos estaba Ursula. Registraron el jardín minuciosamente sin lograr dar con él, y al sonar la hora de la merienda se retiraron tan afligidos y llorosos, que Carlitos no admitió consuelos de ningún género y se encerró llorando en su cuarto, dispuesto á buscar en el sueño un lenitivo para su pena.

No hizo lo mismo Ursula, pues en vez de echarse á dormir, puso en tortura su imaginación pasándose en vela gran parte de la noche. A fuerza de pensar se le ocurrió al fin una idea luminosa... ¡Sí, sí! ¡Consultaría el caso con Pulgarcito! ¡Nadie más que él podía sacarlos del conflicto!

Pulgarcito era un enano que sólo Ursula conocía. Vivía en

todas partes y en ninguna; jamás se sabía dónde se le podía encontrar. Hoy, por ejemplo, se le veía dentro del fogón de la cocina, momentos después era muy probable que estuviese acurrucado á los pies de una cama, y al día siguiente, cuando menos se esperaba, se le encontraba detrás de un rosal, en el jardín. Nunca había podido saber Ursula en qué se ocupaba el enanito durante el día ó la noche, aunque seguramente sería en algo muy importante, pero estaba persuadida de que Pulgarcito lo sabía todo, y por consiguiente, de que en sus manos estaba que recobrase su hermano el automóvil.

Aquella noche resolvió llamarlo para explicarle la desaparición del juguete y para pedirle su parecer, y no bien dijo en voz muy baja: «¡Pulgarcito! ¡Pulgarcito! ¡Pulgarcito!» cuando lo vió delante de ella, sentado en una hoja de achicoria. No se asustó ni sorprendió por eso Ursula, pues de sobra sabía que esa era la forma regular y corriente en que ocurren las cosas en este mundo. El enanito recitaba en voz alta el contenido de un papel que tenía en la mano:

«Brilló el sol con deslumbrantes fulgores sobre un mar encrespado, alzando tempestades de cólera en el pecho de todos

...para cerciorarme de ello, convidé anoche a cenar a Jaime el Cuervo... (Pág. 16.)

los peces, grandes y pequeños... ¿Por qué? ¡Oh, no me lo preguntes, por favor! ¡No me lo preguntes, porque no lo sé!»

—¡Magnífico!—exclamó Pulgarcito,—¿verdad? El encanto mayor de la poesía consiste en que termina siempre como menos lo espera uno. ¿A que no preveías tú un desenlace como el que acabas de oir?

¡Oh, nada más cierto!—contestó Ursula, que sabía que era peligroso contrariar á Pulgarcito.

El enanito clavó en Ursula su mirada penetrante, é intrigado al observar que ni una sola vez habían esbozado sus labios una sonrisa, preguntó:

—¿Qué sucede?

Ursula le refirió lo ocurrido sin omitir detalle. Pulgarcito escuchó con gran atención.

—¡Ah!—exclamó meneando la cabeza cuando Ursula hubo terminado.—El asunto se presenta muy complicado... será preciso pensar mucho... hay en él algo que á primera vista no parece claro...

Agitó luego su mano delante de la cara de Ursula, é inmediatamente se encontró ésta en su camita, pero su agitación había desaparecido, y tenía el pecho lleno de confianza, y se durmió tranquilamente, segura de que, puesto que el asunto estaba ya en manos de Pulgarcito, la cuestión se resolvería satisfactoriamente.

Al día siguiente, Carlitos continuó lamentando la pérdida de su automóvil, sin querer creer en las seguridades que acerca de su aparición le daba Ursula. Llegada la noche, los dos se retiraron á dormir, á la hora de costumbre, pero antes que Ursula hubiera podido conciliar el sueño vió á Pulgarcito acurrucado á los pies de su cama.

—Todo va bien—le dijo éste en tono cariñoso.—Lo tendrán mañana. Ya sospechaba yo quién podía ser el ladrón, pero, para cerciorarme de ello, convidé anoche á cenar á Jaime el Cuervo, y consulté el caso con él. ¡Oh! no puedes figurarte hasta dónde llega su talento y su perspicacia. A las primeras palabras, puso el dedo en la llaga.

—¿Por qué dejaron abandonado el automóvil?—preguntó.

—Para ir á buscar caracoles—contesté.

—¡Pues no hay más que hablar!—exclamó.

—Lo mismo opino yo—dije.

Y no hablamos más.

—Pero yo no veo...—dijo Ursula vacilando y con expresión de duda.

—¡ Chitón ! — replicó, interrumpiéndola, el enanito. — Ustedes, los mortales, tienen una inteligencia que no peca de lista. ¿ Acaso hace falta más para comprender que los caracoles son los que robaron el automóvil para vengarse de que se les cazara ? ¡ Esta noche me las pagarán !

—¡ Oh, Pulgarcito, querido Pulgarcito, muchas gracias !—exclamó Ursula.—¡ Qué bueno y complaciente eres ! ¡ Será tan feliz Carlitos cuando vea nuevamente en sus manos el automóvil ! Tienes mucha razón ; ¿ quién, sino los caracoles, podían haberlo robado ?

Pero Pulgarcito había desaparecido.

A la mañana siguiente, Ursula salió al jardín, y al dar los primeros pasos vió el rastro de un caracol. Siguió sus huellas

Pulgarcito llevaba encadenado al caracol culpable...

por entre la capa de hojas que cubría el suelo, y al llegar junto al brocal del pozo vió el automóvil... Otro espectáculo se ofreció al mismo tiempo á sus atónitos ojos. Pulgarcito llevaba encadenado al caracol culpable, seguramente para imponerle el merecido castigo ; pero antes que Carlitos, atraído por el grito de júbilo de su hermanita, hubiera llegado, Pulgarcito había desaparecido.

LA PRINCESA Y EL AGUILA

Vivía hace muchos años una princesa bellísima, ideal, pero tan orgullosa que su presunción sólo podía compararse con su hermosura. Muchos fueron los que, prendados en las redes de sus encantos, la pretendieron ; pero todos corrieron la misma

...y alzando los ojos vió que un águila inmensa bajaba con rapidez increíble del firmamento.

suerte, todos fueron desdeñados. Su carácter altanero disgustaba cada día más á su padre, que era el rey, mas no por eso se enmendaba la princesa. Un día se portó con tanta destemplanza con un opulento príncipe de las inmediaciones, que su padre, muy enojado, la condenó á permanecer encerrada en un ala del palacio, sin permitirle más esparcimiento que el que pudiera hallar en los jardines, hasta tanto se hiciese de carácter más tratable.

Poca mella hizo en el ánimo de la princesa el castigo. Podía solazarse en un jardín espléndido, y comer cuanto se le antojase, y engalanarse con los vestidos más preciosos y con las más deslumbrantes joyas, y eso bastaba y sobraba para hacer agradable su vida sin necesidad de frecuentar ni ver siquiera el mundo exterior.

Estaba un día paseando por el jardín, cuando hirió sus oídos el rumor de un fuerte aleteo, y alzando los ojos vió que un águila inmensa bajaba con rapidez increíble del firmamento. Antes que tuviera tiempo de articular una palabra ó de lanzar un grito, las poderosas garras del águila habían hecho presa de ella y la levantaban por el espacio. Pintar el terror que se apoderó de la princesa sería imposible. Convencida de que nada podía hacer, optó por quedarse quieta, para no entorpecer los movimientos del águila y provocar accidentes que nadie más que ella habría tenido que lamentar.

Momentos después viajaban sobre las nubes, muy cerca de la azulada bóveda celeste, á tanta altura, que las ciudades parecían juguetes y las personas hormigas, mientras la luz del sol se reflejaba á lo lejos sobre las aguas ligeramente rizadas del mar. El águila transpuso con rapidez vertiginosa llanuras, colinas y

montañas, cruzó lagos, valles y ríos, y se posó al fin en la cumbre de una altísima montaña, á cuyo pie se extendía un vasto llano arenoso.

Después de descansar breves momentos, el águila bajó con vuelo lento y majestuoso á la llanura, donde dejó á la atónita princesa, sentada sobre una piedra. No bien se hubo repuesto un poco la princesa, se apresuró á preguntar al águila por qué la había llevado á un lugar tan desierto y tan poco agradable.

Batió furiosamente sus alas el águila, y con acento vibrante de cólera contestó:

—Hasta hoy, sólo en tí has pensado; de hoy en adelante, fuerza será que pienses en los demás. Tengo hambre... toma en tu mano ese palo, y vete á buscar lo necesario para que comamos.

Mientras pronunciaba estas palabras, señalaba con la garra un palo que había cerca de allí, en el suelo.

La princesa lo recogió con tanta repugnancia como tristeza. Dirigió sus miradas en torno suyo, y no vió casa ni choza donde pudiera mendigar un trozo de pan si al fin se decidía á hacer cosa tan poco de su agrado.

—Me voy—continuó el águila con acento duro é imponente, —porque tengo mucho que hacer; pero ten muy presente lo que voy á decirte: Antes de ponerse el sol estaré de regreso; trata de que para esa hora esté preparada la comida, pues de lo contrario... ¡pobre de ti!

Dichas estas palabras, extendió sus poderosas alas, sin hacer caso alguno de las súplicas de la princesa, y no tardó en perderse en el espacio.

La desventurada princesa, al quedar sola, no pudo hacer durante largo rato más que llorar su desventura. En verdad, su suerte no era muy halagüeña; al contrario, más bien podía decirse que era desesperada. Habíale dicho el águila que era preciso que buscase algo que comer, y por más vueltas que daba al asunto no veía el medio de cumplir esa orden tan imperiosa. Sus ojos no veían más que una montaña pelada, sin vestigios de vegetación, sólo divisaban un árbol, y éste á distancia muy considerable; y, en cuanto á aldeas ó ciudades que pudieran proporcionarle algún alimento, ésas brillaban por su ausencia.

Al cabo de largo rato de lamentaciones y gemidos, comprendió que nada adelantaría con el llanto; y, secando sus lágrimas, partió en busca de comida para el águila.

Era el terreno áspero y accidentado, y poco trecho había andado la princesa cuando sus lindos zapatitos quedaron hechos

pedazos; quiso sentarse un momento para tomar aliento, pero el palo que llevaba en la mano se lo impidió. Toda vez que intentaba sentarse, el palo la arrastraba con fuerza irresistible, obligándola á continuar la marcha, descalza y muerta de fatiga, y así llegó á un tenebroso bosque. En la linde de éste divisó una cabañita que reanimó un poco sus fuerzas decaídas pues pensó que tal vez encontraría en ella lo que buscaba. Llamó tí-

La princesa lo recogió con tanta repugnancia como tristeza. (Pág. 19)

midamente á la puerta, que se abrió en seguida, apareciendo en su marco una vieja fea y mal entrazada que con voz iracunda le preguntó qué quería. Explicó la princesa sus deseos y á esa explicación contestó la vieja con una carcajada que heló la sangre en sus venas.

—El cuento no está mal urdido—dijo luego;—pero aquí no se da nada á los haraganes ni á los mentirosos. Si quieres trabajar, te daré de comer, pero de lo contrario puedes irte á otra parte con tus historias.

La princesa acogió con mucho agrado una proposición que

le dejaba entrever la perspectiva de conseguir algo que llevarse á la boca, y la vieja le mandó que pelase unas cuantas papas. Sentada á la puerta de la cabaña, estaba cumpliendo la orden de la vieja mientras pensaba tristemente en los cambios bruscos de la vida y se preguntaba cómo podría llegar á la cumbre de la montaña antes que el sol se hubiera puesto. Denso velo de lágrimas obscurecía sus ojos hasta el punto de impedirle ver las papas que estaba mondando, cuando hirió sus oídos un graznido que le hizo levantar la cabeza; y entonces vió un cuervo que se dirigía volando hacia ella. Continuó su tarea, pero algo que no podía explicar la obligó á fijar nuevamente sus miradas en el pájaro. Parecía que éste pidiera auxilio... sus graznidos sonaban más cerca y por momentos revelaban una especie de angustia... La princesa, que hasta entonces jamás había dedicado un pensamiento á ningún ser viviente, como no hubiera sido á ella misma, pensó entonces que el pobre cuervo tenía tal vez hambre. Enternecióse su corazón, y separando un pedacito del pan que la vieja le había dado, se lo tiró al pájaro, que lo engulló en un abrir y cerrar de ojos. Separó otro trozo, y otro, y otro, que siguieron la misma suerte que el primero, hasta que la princesa se encontró con que el cuervo se había comido todo el pan, sin que á ella le quedase nada que llevar á la boca. No le causó pesadumbre esta circunstancia, pues creyó que el cuervo estaba más famélico que ella, y así debía ser, porque, no bien hubo dado fin á la comida el pájaro, cuando alzó el vuelo, alegre y satisfecho, revelando claramente hasta qué punto había recobrado sus fuerzas.

Terminada la tarea, la vieja entregó á la princesa un paquetito, diciéndola que contenía todo lo necesario para la comida del águila; y la princesa lo guardó y emprendió el regreso.

Poca distancia había recorrido, cuando se encontró tan rendida y sin fuerzas que desconfió de poder llegar á la cumbre de la montaña antes de la puesta del sol. Sacando fuerzas de flaqueza caminó cuanto pudo, pero al fin cayó al suelo, sin vigor para dar un paso más. El palo se escapó de sus manos y cayó rodando por la montaña; oyó un aleteo y abrió aterrorizada los ojos, porque creyó que el águila, ardiendo en ira, iba á castigarla. Pero no era el águila; afortunadamente, era su amigo el cuervo; no ya el cuervo desvalido y hambriento, sino un cuervo fuerte y rebosando salud, que revoloteaba graznando en torno de la princesa y extendía una de sus garras. No comprendió al pronto la rendida princesa los deseos del cuervo, pero al fin tendió las

manos, se asió á las afiladas uñas del ave, y ésta alzó suavemente su vuelo llevándola suspendida por el espacio.

En esta forma los dos cruzaron la falda de la colina y el bosque, hasta llegar á la cumbre de la montaña, precisamente en el momento en que el sol se ocultaba en el horizonte.

...se asió á las afiladas uñas del ave, y ésta alzó suavemente su vuelo...

Volvióse la princesa para dar las gracias á su amigo el cuervo, pero no lo vió ya en parte alguna : en su lugar, la poderosa águila estaba pidiendo imperiosamente su comida.

La princesa se apresuró á ofrecerle el paquete que le había dado la vieja, y el águila se lo tragó sin siquiera abrirlo ; y cuál sería el asombro de la princesa cuando vió entonces frente á

ella, no á la furiosa águila, sino á un hermoso y gallardo príncipe.

—¡No te asustes! — dijo éste, inclinándose ante ella. — Ha mucho tiempo que te amo, pero comprendí que era necesario para tu felicidad que te diese una lección. Con el auxilio de mi abuela, que es un Hada, la vieja que viste en la casita del bosque, tomé la forma de un águila y te transporté á este lugar. Después me convertí en cuervo, y he tenido ocasión de ver que tienes buen corazón y que te interesa la suerte de tu prójimo. Sólo me resta pedirte perdón ahora por los sustos y penalidades que te he ocasionado; ¿serás tan buena como para perdonarme?

La princesa, convencida de la insensatez de su conducta pasada, prometió muy de veras enmendarse, y por añadidura aceptó el compromiso de ser la prometida del gallardo príncipe.

Auxiliados por la benéfica Hada, los dos regresaron inmediatamente al palacio del rey y sin dificultad consiguieron que éste consintiese en su boda. Llegado el día en que iba á celebrarse la ceremonia, la princesa se engalanó con un vestido hecho todo de plumas de cuervo. Se le criticó ese gusto tan raro y tan poco conforme con la costumbre, pero la princesa declaró terminantemente que no se pondría otro traje, y su esposo aprobó su gusto.

LA PRINCESA DEL MAR

Peinaban las dos sirenas las crines del caballo blanco, dejándolas limpias y brillantes cual bruñido espejo. El caballo blanco parecía estar entonces muy arisco y regañón. A decir verdad, fundadísimo era su enojo, pues se veía obligado á emprender largo y fatigoso viaje, sin más causa ni motivo que satisfacer un capricho de la princesa; y él creía, y creía muy bien, que eso no estaba puesto en razón.

Las sirenas lamentaban profundamente esta desventura, pero bueno estaba el caballo blanco para satisfacerse con lamentaciones y pésames.

—¿Por qué no se ofrecen ustedes para reemplazarme?—decía.—¡Es muy cómodo compartir el sentimiento y quedarse muy tranquilas en casa!

—Pero, amigo mío—contestaba Perla con adorable dulzura. —¿Ignoras que cuando la princesa ha resuelto una cosa no hay nada ni nadie que la haga variar de propósito?

—Y además—añadió Coral.—A nosotras nos sería absolutamente imposible cumplir el encargo; nosotras no podemos transportar un niño á tanta distancia; no tenemos la fuerza que tú tienes. ¡De sobra lo sabes, amable caballo!

—¿Pero para qué querrá la princesa al niño?—gritaba el caballo blanco dando resoplidos de descontento.—¡Eso es lo que

Peinaban las dos sirenas las crines del caballo blanco... (Pág. 23)

más me saca de mis casillas! ¿No puede conformarse con las gentes de su clase?

—Cosa es ésa que no podría decirte—replicó Perla.—Lo que sí te aseguro, es que desearía que no fuese tan atolondrada.

—¡Lo mismo digo!—aprobó Coral.—¡Cuánto mejor sería para nosotras! Pero... ¡chitón! ¡Ya está llamando! Lo mejor que podrías hacer, Fogoso, es partir cuanto antes; pues de lo contrario habrá que oirla.

Flotaron en las límpidas aguas los sones de una voz airada, alzaron el vuelo, asustadas, unas gaviotas que sobre la superfi-

cie, ligeramente rizada, se balanceaban, no sin exclamar antes:

—¡Vámonos! ¡Vámonos! ¡Está furiosa!...

Partió Fogoso nerviosamente, azotando las aguas con su poderosa cola, y no había transcurrido medio minuto cuando se perdía á lo lejos, rebasando el azulado horizonte, dejando en pos de sí una agitada faja de níveas burbujas. Perla y Coral no separaron de él sus miradas anhelantes ni respiraron tranquilas hasta que le perdieron de vista. Los acentos de la voz airada se aproximaban por momentos, y no tardó en aparecer la princesa á la entrada de la gruta.

Difícilmente podrían imaginar ustedes alguien que pudiera competir con ella en hermosura. Su opulenta cabellera, rubia como el oro, era una verdadera capa que le cubría las espaldas. No me entretendré en describirla porque el lenguaje humano resulta deficiente; lo único que les diré es que sus rasgados ojos azules parecían ascuas de fuego, y que en su rostro se advertía una expresión ceñuda que le quitaba gran parte de sus encantos.

—¿Dónde está Fogoso?—preguntó con acento airado.

—¡Ha partido, Majestad!—contestó Coral en voz baja y temblando.

—¡Debió haber partido mucho antes!—continuó la princesa. —¡Ya debía estar de vuelta! ¡Pero, ya, ya! ¡Mucha presunción, y viaja con la rapidez de la tortuga!

Dichas estas palabras, se retiró á su palacio sin hablar más.

*
* *

Triste, aburrido y desconsolado hallábase Agustín contemplando desde la playa el constante ir y venir de las inquietas olas. Cansado de jugar solo, principiaba á arrepentirse de haber regañado con Lolita y de haberla despedido tan bruscamente que la hizo llorar. ¿La llamaría? ¡Oh! No sería él quien tal hiciese. Continuó, pues, solito, formando castillos y otras obras arquitectónicas con arena, hasta que sintió calor, y quitándose los zapatos y las medias se puso á chapotear en el agua.

No tardó en fatigarlo este nuevo ejercicio, que siempre resulta pesado cuando se está sólo, sin el aliciente que dan los espectadores. Agustín no apartaba sus ojos del mar, y soñaba despierto: se figuraba ser ya un hombre, y se veía cruzando las olas en un bote que manejaba él sólo...

Revoloteaban las gaviotas agitando sus largas alas blancas, y al pasar junto á Agustín bajaban su vuelo y daban un grito

estridente, casi en sus mismos oídos. No advirtió esto nuestro amiguito al principio, tal era su abstracción; pero como el juego se repitiera muchas veces concluyó por fijarse y prestar oído atento á lo que decían las gaviotas; pues algo decían... no había duda. No alcanzaba á comprender las palabras... y escuchó con más atención... ¡Magnífico! Ya sabía lo que decían las aves: «¡Ahí vienen! ¡ahí vienen! ¡ahí vienen!»

¿Qué vienen? ¿Pero quiénes son los que vienen? se preguntaba Agustín, sin salir de su asombro. Dirigió nuevamente sus ansiosas miradas al mar: las gaviotas emprendieron un vuelo recto; siguiólas con la vista, y á lo lejos, muy lejos, percibió un objeto blanco que parecía cabalgar sobre las azules olas... ¡Ah, sí! precisamente aquella misma mañana le había hablado la doncella de los «caballitos blancos que trotan y se solazan por la bahía...» ¡Comprendido! Esos venían á toda marcha, aproximándose más y más por momentos, y Agustín pudo convencerse de que la doncella estaba en lo cierto al asegurarle que había en el mar caballitos blancos, pues ante sus ojos tenía uno de ellos.

Venía éste agitando sus hermosas crines blancas, hendiendo las aguas, y muy pronto se detuvo junto, muy junto á Agustín. Entonces, éste notó que el caballo estaba ensillado y embridado: permaneció un instante sin movimiento, tan intensa era su emoción, y al fin extendió su mano vacilante.

—¡Vaya! ¡Vaya!—dijo el caballo blanco.—¡De prisa! ¡Ven cuanto antes, que no tengo tiempo que perder!

Sin gran decisión, pues no había logrado sacudir por completo su atonía, Agustín saltó sobre la silla. Halló que ésta no podía ser más cómoda, cual si para él hubiera sido fabricada, y pensó que sería delicioso hacer en ella un viaje; por más que, á decir verdad, toda vez que había montado algún borriquito hasta entonces, sus huesos, quebrantados por el traqueo, habían protestado enérgicamente. Una vez que hubo montado, partió el caballo blanco azotando las tranquilas aguas con su cola, seguido á corta distancia por otro del mismo pelo, que parecía ser un criado.

Marchaban por la movible superficie azulada del mar. Quebrábanse los rayos del sol en el rizado espejo y brillaban sobre las níveas crines de Fogoso; revoloteaban las aves marinas, y Agustín, ebrio de entusiasmo, convencíase cada vez más de que nunca había corrido una aventura tan deliciosa.

No tardó en presentarse á sus asombrados ojos una isla en la cual, á medida que se aproximaban, distinguíanse más claros

y más firmes los contornos de un resplandeciente palacio circundado de negros cipreses. Llegados ya muy cerca de él, Agustín advirtió que en las gradas que desde el palacio conducían al mar había algunas personas. El caballo blanco puso su cabeza en dirección á ese punto, hendió las aguas con mayor fuerza que antes, y momentos después se encontraba Agustín en el peldaño más bajo de la gradería, entre dos brazos que estrechaban amorosamente su cuello, mientras le decía una voz cuya dulzura eclipsaba á la de las músicas más melodiosas :

—¡ Al fin, estás aquí ! ¡ Bien venido, querido mortal, bien venido !

No comprendió Agustín lo que aquello significaba, mas no por eso fué menor su alborozo. Ataviáronle con un vestido tan pre-

...y al fin extendió su mano vacilante. (Pág. 26.)

cioso que ni en sueños había podido concebirlo, y luego aparecieron dos señoras hermosísimas con un almohadón, sobre el cual brillaba como el sol una esplendente corona. La señora más hermosa de todas, precisamente la que acababa de darle la bienvenida, colocó la corona sobre su cabeza, é inmediatamente Agustín no se acordó más de su nombre, ni de su mamá, ni de Lolita, ni de la doncella; perdió la noción de su casa y no tuvo sino un deseo: permanecer siempre en la isla sin separarse nunca de la señora más hermosa.

Fué conducido al interior del palacio, en cuyo comedor vió preparado un espléndido banquete. Pronto advirtió que todos los moradores del palacio trataban con muestras del respeto más profundo á la señora que le había dado la bienvenida, y la llamaban «Majestad» y «Princesa». La esplendidez de lo que se ofreció á su aturdida vista al penetrar en el palacio lo dejó pasmado y mudo de admiración. El salón en que habían preparado el banquete aparecía tapizado de algas marinas de colores deliciosos; larguísimas sartas de perlas de enorme tamaño y hermosísimo oriente decoraban la mesa, sobre la cual se veían manjares que, á juzgar por su aspecto, eran como para que la boca se le hiciera agua al más descontentadizo.

Sentóse Agustín á la derecha de la princesa, que lo hizo objeto de mil atenciones cariñosas y que se anticipó á todos sus deseos sirviéndole cuanto podía apetecer. Amenizó el banquete una banda de tritones que ejecutó deliciosas piezas de música soplando suavemente en unos instrumentos que á Agustín le parecieron ser conchas de marisco, y que tal vez lo eran en realidad. Sirvieron los platos peces voladores ricamente ataviados, que se movían con una rapidez asombrosa.

Terminada la comida, salieron los comensales al jardín donde se habían dispuesto cuantos juegos y pasatiempos pudieran contribuir á hacer las delicias de Agustín. Este tomó asiento en una especie de trono formado por una coquina preciosa, y se colocó á su lado la princesa, que con amabilidad y gracia encantadoras, íbale explicando todos los incidentes del espectáculo que ante la vista tenía. Las sirenas cantaron una sonata deliciosa, organizóse una carrera de obstáculos cuyos premios se disputaron las langostas y los cangrejos, una danza que proporcionó á un pequeño erizo ocasión de lucir sus habilidades, un concierto filarmónico por una banda de peces-espadas, y otros atractivos que sería pesado enumerar.

La princesa estuvo amabilísima, derrochando bondad y gracia: sin embargo, cuando las distracciones tocaban á su fin, veló

su rostro una ligera nube de cansancio y aburrimiento que no tardó en convertirse en ceño arisco y regañón, indicio elocuente de que se estaba condensando una tempestad que no tardó en descargarse sobre una desgraciada estrella de mar que anduvo

..una danza que proporcionó á un pequeño erizo ocasión de lucir sus habilidades... (Pág. 28)

algo torpe en sus movimientos. La princesa dió muestras de furiosa cólera, ordenó con voz seca y airada algo que Agustín no pudo comprender, pero que bastó para que las langostas, encargadas de la guardia, sacasen arrastrando á la pobrecita estrella de mar, pálida de espanto.

Principió Agustín á sentir cierto malestar y descontento.

¡No! No le agradaban á él las personas que se irritaban... Enfadarse él con los otros ¡santo y bueno! pero todos los demás debían ser amables y cariñosos; ¡pues no faltaba más! Por esta razón, cuando vió señales de espanto en los rostros de los que lo rodeaban, comenzó á asustarse también él. Se quedó silencioso y pensativo, y la princesa, no bien advirtió eso, quiso multiplicar las distracciones para que estuviese contento. Sabía que le era absolutamente imposible retener en su poder á ningún mortal contra la voluntad de éste, y esa imposibilidad era tan terminante que bastaba que el mortal expresara el deseo de volver á su casa para que todo el poder de la princesa se desvaneciese como el humo. Para prevenir esta contingencia se había apresurado á colocar la corona en la cabeza de Agustín, pues esa era una corona mágica, que tenía la virtud de borrar de la imaginación del que la ciñese todos los recuerdos de su pasado. Gracias á esta circunstancia podía retener aún á Agustín, cuyo descontento crecía por momentos, aunque no se daba cuenta cabal de lo que deseaba.

Perla y Coral, las dos simpáticas sirenas, hicieron lo indecible para cumplir las contradictorias órdenes de su señora y procuraron á toda costa suavizar su mal humor, ya manifiesto; pero todo fué en vano. Terminados los juegos, sirvióse otro banquete más espléndido aún que el anterior, y á continuación dióse comienzo á un baile soberbio.

La intranquilidad y disgusto de Agustín se acentuaban entretanto, tomando caracteres alarmantes: deseaba algo, aunque algo tan indefinido que ni él mismo habría podido precisarlo. La princesa, á cuya perspicacia no podía ocultarse la disposición de ánimo de nuestro amiguito, perdió por completo la esperanza de retenerlo de buen grado, y principió á mofarse de él, persuadida de que, mientras Agustín continuaba ciñendo la encantada corona, sería inútil que pensase en abandonarla. El pobre Agustín empezó á comprender su desgracia: muchos de los servidores de la princesa hicieron coro á ésta, riéndose y burlándose de la tristeza del niño.

—¡Los aborrezco, los detesto á todos con toda mi alma!—exclamó al fin Agustín, perdiendo la paciencia.—Los aborrezco, porque son soeces, viles... y quiero... quiero...

Le era imposible continuar; precisar su deseo.

—Conque sí ¿eh?—exclamó una voz burlona á sus espaldas.—¿Y qué es lo qué deseas?

Giró Agustín sobre sus talones cual si hubiera sentido la mordedura de una víbora. No lejos de él, aunque fuera del al-

cance de su mano, vió una burbuja de mil colores, y en su centro á la princesa, que lo miraba con expresión burlona.

—¡ Oh !—exclamó Agustín.—¡ Eres muy cruel ! ¡ No te quiero nada ! ¿ Por qué me atormentas tan despiadadamente ?

Al decir estas palabras, cayó de rodillas pidiendo compasión á la princesa. Ladeóse entonces la corona encantada, y cayó rodando al suelo. Con la rapidez del relámpago descubrió Agustín que su deseo era ver cuanto antes á su mamá, á Lolita, á su doncella y á su casita.

Dirigió sus anhelantes miradas á la enorme burbuja que tenía delante, y le pareció que sus colores no eran ya tan hermosos y brillantes. Y dijo entonces con voz clara y distinta :

—¡ Quiero ir á casa !

—¡ *Chas !* Reventó la burbuja lanzando chorros de agua á la cara de Agustín, que se encontró frotándose los ojos y sin saber qué le pasaba. ¿ Dónde estaba él, dónde la hermosa princesa, dónde el erizo, dónde los peces ? Se vió entonces en la misma orilla del mar, fijas sus miradas en el horizonte, donde todavía podían distinguirse los saltos de los caballos blancos galopando por la bahía. Giró sobre sus talones, y se encaminó á su casa para abrazar á Lolita.

*
* *

—¡ Ya presumía yo que duraría poco !—decía Perla, peinando nuevamente las crines de Fogoso.

—¡ Nunca la he visto tan furiosa !—añadía Coral, con triste acento.

—Por mi parte—terció Fogoso,—cumplí á satisfacción el encargo y no puede reñirme.

EL PRÍNCIPE ORGULLOSO Y LA PRINCESA VOLUNTARIOSA

Vivía en un país lejano un príncipe joven, gallardo, diestro, inteligente, pero orgulloso, muy orgulloso, y que se enamoró de una princesa, hija de un monarca vecino, más hermosa que la alborada de un día primaveral, pero muy obstinada é imperiosa.

Ambos reinos ardieron en fiestas cuando se hicieron públicos sus esponsales. Celebráronse banquetes espléndidos y brillantes

—¡No haga caso, señor!—repetía el anciano... (Pág. 33)

bailes en todas las ciudades. Las visitas del príncipe á su prometida menudeaban que era un contento, y se había fijado ya el día de la boda cuando ocurrió una desgracia horrible : la princesa desapareció sin que nadie pudiera explicarse cómo ni por qué...

Habíanla visto una mañana muy tempranito, antes del desayuno, paseando por los jardines del palacio, pero después de eso nadie sabía nada de ella. Buscáronla por todas partes, se enviaron emisarios por casas, caminos y campos, pero todo fué inútil... ni rastros pudieron hallarse de la princesa. La desesperación del príncipe era imponderable, su pena inmensa, y su cólera más propia de una fiera que de un hombre : se negó á comer, se retiró al lugar más solitario del palacio y no quiso hablar con nadie. Pero no por eso aparecía la princesa.

Dos días después de la misteriosa desaparición de su prometida, paseaba el príncipe su pena por una callejuela estrecha de los arrabales de la capital, fuera de las murallas, cuando vió en éstas, pegado ó clavado, un cartel ó anuncio. En circunstancias normales, habría seguramente pasado de largo sin hacer caso alguno de semejante cosa, pero aquella vez llamó su atención algo insólito y fuera de lo común que campeaba en la parte superior del cartel ó anuncio : era el dibujo de una pluma de pavo real. Detúvose frente al anuncio, y cuando lo hubo leído se quedó

meditando y dando rienda suelta á los pensamientos que lo atormentaban. En eso oyó á sus espaldas una voz que decía :

—¡ No haga caso, señor !

Giró rápidamente sobre sus talones, y se encontró frente á un anciano de aspecto simpático, que, encorvado, se apoyaba en un bastón.

—¡ No haga caso, señor !—repetía el anciano con muestras de interés.—Es un lazo que se le tiende. Permita, siquiera sea por una vez, que el viejo y rico en experiencia sirva de guía al joven atolondrado y terco. Créame, señor, eso es un lazo, un lazo para perderle.

Vaciló el príncipe por algunos momentos, y á punto estaba de seguir el consejo del anciano cuando se interpuso su orgullo, dando al traste con sus buenas disposiciones.

—No te conozco, viejo impertinente—contestó en tono duro y altanero.—No te conozco, pero te diré que es gran osadía de tu parte hablar como acabas de hacerlo á quien tanto vale. ¡ Ea, largo de aquí !

El anciano meneó tristemente la cabeza y continuó su camino, y el príncipe se puso á leer el anuncio, perdido en un mar de confusiones. Debajo del dibujo de la pluma de pavo real, estaban escritas estas palabras :

«Quien busque á su prometida, que deje el orgullo en casa,
vaya luego al Jardín Verde, y halle en él lo que interesa.»

Ahora bien ; el Jardín Verde era un lugar extensísimo, desierto y solitario, situado fuera de la ciudad, habitado únicamente, según aseguraban, por una bruja de las más perversas. El príncipe sintió al punto tentaciones de seguir el consejo del anciano, pero pensó luego que si hacía eso podrían creer que había tenido miedo, y decidió encaminarse al Jardín Verde para ver qué había en él que pudiera interesarlo.

Ocurrían entretanto á la princesa aventuras notabilísimas. Conforme se ha dicho ya, había salido á dar su paseo matinal, y disponíase á entrar de nuevo en el palacio cuando le cerró el paso un enano, diciéndole :

—¡ No entres por esa puerta, princesa ! ¡ Cuidadito con pasarla !

Bastaban y sobraban estas palabras para que la testaruda princesa hiciese todo lo contrario. No bien las oyó cuando sintió vehementes deseos de pasar por esa puerta, y dió media vuelta, pateando de impaciencia. Inmediatamente desapareció

el enano, no sin soltar antes una risotada muy extraña. Pero la princesa no la oyó; dirigió sus pasos rectos hacia la puerta vedada, la abrió sin dificultad, y entró por ella. En seguida advirtió que alguien echaba una capa sobre su cabeza, que se apoderaban de ella dos manos vigorosas, y que la transportaban por montes y por valles.

Cuando la soltaron, se encontró en un salón inmenso; y asomándose á una de las ventanas pudo ver que estaba en el Jardín Verde. Cerradas y muy bien cerradas estaban las puertas, y las ventanas eran muy altas, y por añadidura estaban defendidas con sólidas rejas de hierro; así que era inútil pensar en la fuga. Cuando menos lo esperaba la princesa, abrióse una puerta dando paso á un pavo real que le llevaba algo que comer en una bandeja. Hizo la princesa millares de preguntas que el pavo real no contestó; mejor dicho, no contestó de palabra, pero dejando en el suelo la bandeja señaló con su pata un cartel fijo en una de las paredes del salón, y desapareció en seguida por la misma puerta por donde había entrado. Corrió la princesa hacia el cartel, rabiando por saber su contenido: en la parte superior campeaba el dibujo de una pluma de pavo real, y debajo se leían las palabras siguientes:

«Espera tranquila y no te empeñes en luchar en vano;
»Saldrás viva de aquí; pero ¡ay de ti! si atisbas lo que pasa fuera.»

—¡Pues, señor, está bien!—pensó la princesa.—¿Conque debo esperar tranquila? ¡Ya, ya! ¡Buena estoy para tener calma! ¡Desde ahora aseguro que no la tendré! ¡En cuanto se me ofrezca la oportunidad, me escapo!

Nada, sin embargo, pudo hacer aquel día la princesa, de modo que lo pasó cavilando y haciendo lo posible por no aburrirse.

Pero á la noche siguiente, al salir de la habitación que servía de cárcel á la princesa, el pavo real olvidó (ó fingió olvidar) cerrar la puerta con llave, y la consecuencia de esto fué que la voluntariosa princesa, que persistía en su resolución de burlar la vigilancia si se le deparaba una oportunidad, no obstante la amenaza que envolvían las palabras del cartel, salió cautelosamente y sin hacer el menor ruido, atravesó varios corredores, y llegó al terrado precisamente á tiempo para ver al orgulloso príncipe, que hacia ella se dirigía.

Corrió á su encuentro con los brazos abiertos; pero, antes que tuviera tiempo de pronunciar una palabra, oyó á sus es-

páldas un tremendo estrépito y vió que hendía los aires con rapidez vertiginosa la terrible bruja, cabalgando sobre una bien amaestrada escoba. Al pasar junto á la pareja, la bruja lánzó un chillido como de triunfo, chillido muy semejante al de un pavo, y gritó :

—¡ Locos insensatos, ya son míos !

Incomprensible transformación se operó entonces en los enamorados : los dos dieron un grito de espanto y principiaron á achicarse cada vez más mientras sus vestidos se convertían en plumas ; y antes que hubiera pasado un minuto había en lugar de ellos dos pavos que se contoneaban por la desierta terraza.

*
* *

Tenía la princesa una doncella, llamada Ana, que la quería como á las niñas de sus ojos. Era una muchacha sencilla, amable y complaciente, educada en el campo y que no tenía miedo á nadie ni á nada. Como es natural, la desaparición de la princesa la ocasionó profunda pena, y mientras cortesanos y nobles, soldados y vigilantes andaban aturrullados de una parte á otra, haciendo aspavientos y lamentando la desgracia ocurrida, Ana se ponía su mejor delantal, liaba en un paquete algunas prendas de ropa de las más indispensables, y salía en busca de su ama.

No tenía la menor idea del lugar en que podía hallarla, pero emprendió con paso decidido la marcha, convencida de que al fin vería algo que le indicaría la dirección que debía seguir. No la engañaron sus presentimientos, pues poco había andado cuando acertó á ver un conejito cazado por un armiño, pero que demostraba á las claras la poca gracia que le hacía verse en esa situación y lo mucho que le gustaría salir de ella. Ana tiró una piedra contra el armiño, soltó éste su presa, y momentos después entraba el conejito en su guarida, sano y salvo. Antes que hubiera transcurrido un minuto, el conejito asomó la cabeza y dijo :

—Muchas gracias, Ana querida ; sigue adelante, y verás cumplido tu deseo.

—¡ Muy bien !—exclamó Ana.—¡ Ya sé cuál es mi camino !

Topó poco después con un escarabajo, que, vuelto de espaldas en medio del camino, agitaba débilmente sus patas en el

aire sin poder recobrar su posición natural. Inclinóse Ana y le ayudó á colocarse como deseaba. El escarabajo dijo entonces :

—Muchas gracias, Ana querida, muy pronto verás cumplido tu deseo.

Continuó Ana la marcha, más alegre, satisfecha y confiada que nunca. Llegó al fin á la linde de un parque grandísimo ; el

...subió Ana las gradas y no se sorprendió poco ni mucho...

camino pasaba por el centro de él, yendo á desembocar en una soberbia escalinata que formaba el frente de un suntuoso palacio. Sin vacilar un momento, subió Ana las gradas y no se sorprendió poco ni mucho al encontrarse frente á un príncipe lujosamente ataviado que salió á darle la bienvenida. Explicó ella el objeto de su viaje, refiriendo la historia con todos sus detalles, que fueron escuchados por el príncipe con marcadas muestras de interés. No bien hubo terminado Ana, el príncipe exclamó :

—¡ Ah ! ¡ Bien claro veo en todo eso la mano de mi antiguo enemigo, que se ha puesto otra vez en campaña ! Toma estos

polvos, Ana, y vete al Jardín Verde; veas lo que veas, ocúrrate lo que te ocurra, no hables con nadie una sola palabra ni te desvíes á la derecha ni á la izquierda si no quieres que te sobrevenga una desgracia irreparable. En el terrado encontrarás dos pavos reales; en cuanto los veas, dejarás caer sobre ellos estos polvos, y todo irá bien. Ahora, adiós. No olvides mis instrucciones; ata tu lengua, y no tuerzas á la derecha ni á la izquierda.

...salió á recibirla una dama hermosísima...

Ana dió las gracias más expresivas al príncipe, y continuó el viaje. Sin desviarse á la derecha ni á la izquierda, se encaminó al Jardín Verde, sin que nada digno de mención le ocurriese en largo rato; cruzáronse muchos en su camino, pero ella no pareció advertirlo ni habló á nadie. Al llegar á las puertas del Jardín Verde, salió á recibirla una dama hermosísima, blanca como la nieve y de espléndido cabello rubio, que llevaba en la mano una preciosa rosa blanca. Aproximóse á Ana y la dijo con voz encantadora:

—¿Puedo servirte en algo, amable doncella?

Ana continuó su marcha sin proferir palabra.

—¡No seas huraña, niña! ¿Quieres que te ayude?—repitió la dama en voz más dura.

Ana se desentendió de ella y siguió su camino en línea recta, sin desviarse á la derecha ni á la izquierda.

Acababa de dejar á sus espaldas á las señora cuando oyó un grito horrible que parecía salir del gaznate de un pavo monstruoso, y si Ana hubiera vuelto la cabeza habría podido ver, en efecto, que la hermosa dama acababa de transformarse en un pavo que la amenazaba furiosamente.

Nada de esto pudo ver, sin embargo, pues se guardó muy bien

...se mecía graciosamente en la rama de un roble... (Pág. 39)

de volver la cabeza, y no había dado muchos pasos cuando llegó á sus oídos una voz dulce y risueña que decía :

—¡ Albricias, niña ! ¡ Con qué impaciencia esperaba tu lle-

gada! ¡Toma, toma esto, mil veces más eficaz que esos polvos inútiles! ¡Conque me digas «Gracias, monada» ya es tuyo!

El que pronunciaba estas palabras era un gnomo precioso, pequeñito, que se mecía graciosamente en la rama de un roble, sosteniendo en la mano un hermoso carapacho de marisco pintado de mil colores. Lanzaban sus miradas tan brillantes destellos, parecía tan bueno y tan gracioso, y la prenda que ofrecía era tan linda, tan primorosa, que Ana se sintió inclinada á aceptar el regalo del hombrecito.

Casi había dado ya al olvido las instrucciones del príncipe cuando alcanzó á ver una graciosa pluma prendida en el birrete del gnomo... y precisamente una pluma de pavo. Entonces Ana mantuvo sus ojos fijos al frente y continuó la marcha, persuadida de que el gracioso hombrecito era otra trampa armada contra ella. Así era en efecto: un momento después rasgaba sus oídos un graznido de rabia y otro pavo huía lanzando horribles chillidos.

Llegó Ana al terrado donde, según le había anunciado el príncipe, vió dos pavos contoneándose de arriba abajo sin mucha gracia. Sin vacilar un momento, sacó los polvos del bolsillo, se aproximó á las aves, y volcó sobre sus plumas el contenido de los dos paquetes. Oyóse un estrépito tremendo, surcó la atmósfera un relámpago que por breve rato dejó deslumbrada á Ana, y cuando la luz volvió á los ojos de ésta, lo primero que vió fué que el palacio y el Jardín Verde habían desaparecido, y que su señora, la princesa, y el orgulloso príncipe, la contemplaban con mirada agradecida.

Quedó Ana tan tranquila como si hubiera estado acostumbrada á ver todos los días prodigios semejantes, y dijo:

—¡Graciosas Majestades! Con vuestra venia diré que es muy tarde y debemos regresar cuanto antes á palacio; todavía tengo que fregar y que prepararlo todo para la cena de vuestras Majestades!

El príncipe y la princesa, felizmente vueltos á su forma y estado anteriores, no pudieron menos de reir al oir las sencillas palabras de la fiel Ana. Regresaron á su palacio con el alma radiante de alegría, y pocos días después se unían con el más dulce de los lazos.

LA CIGÜEÑA NECIA

Había una cigüeña tan fatua é insensata que se figuraba ser la más lista é inteligente del mundo. Era guapa y sus padres la habían mimado mucho en su niñez, y ocurrió entonces lo que en semejantes casos suele ocurrir: que en la misma proporción que la cigüeña crecía en años, aumentaban y se multiplicaban su presunción y su engreimiento. Era al propio tiempo muy fuerte, gracias á que siempre se las había arreglado de manera que le tocase en las comidas la rana más gorda, y tenía tan amedrentados á sus hermanitos que éstos no se atrevían ni á respirar sin su consentimiento.

Un día, anunció su intención de salir á ver el mundo.

—No puedo tolerar—dijo en tono altanero,—que mis habilidades poco comunes se pierdan y se malgasten lastimosamente en este reducido lugar: quiero, pues, salir para ocupar en la sociedad el lugar que por derecho me corresponde.

Inmensa admiración y no poca extrañeza produjeron estas palabras en sus hermanitos, mas no por eso procuraron disuadirla de su insensato propósito; por el contrario, desearon que lo pusiese en práctica cuanto antes para verse así libres de su intolerable presencia.

—Vendrá conmigo—añadió mi hermanito más joven, porque en nuestros tiempos nadie que valga algo viaja sin un criado.

Esta segunda parte del programa hizo poquísima gracia al interesado, pero no se atrevió á objetar; así que, llegada la mañana siguiente, partieron ambos después de haberse despedido de toda la familia.

Volaron y volaron largas horas, cruzando valles y transponiendo montañas, hasta llegar á un país desconocido donde quisieron disfrutar del agradable descanso que les brindaban las encantadoras márgenes de un río.

Los viajeros dirigieron sus miradas en torno suyo sin que, en los primeros momentos, lograran ver á nadie, y principiaba ya á inquietarlos la idea de que acaso no hallasen un lugar decoroso donde pasar la noche, cuando llegó á sus oídos una voz que decía:

—¿Qué desean, señores?

Alzaron los ojos, y vieron una lechuza posada en la rama de un árbol próximo.

—Ilustre señor—contestó la necia cigüeña, llevando al pecho su pata y haciendo una graciosa reverencia, cosa que no debe ser muy sencilla para una cigüeña.—Somos nuevos en este país, y deseamos conocer y admirar sus bellezas y maravillas. He aquí por qué nos prestaría usted un servicio que agradeceríamos en el alma si nos indicase el camino que más pronto pueda llevarnos al palacio del rey, para que éste tenga conocimiento de nuestra llegada y nos proporcione el alojamiento que corresponde á nuestro elevado rango y condición.

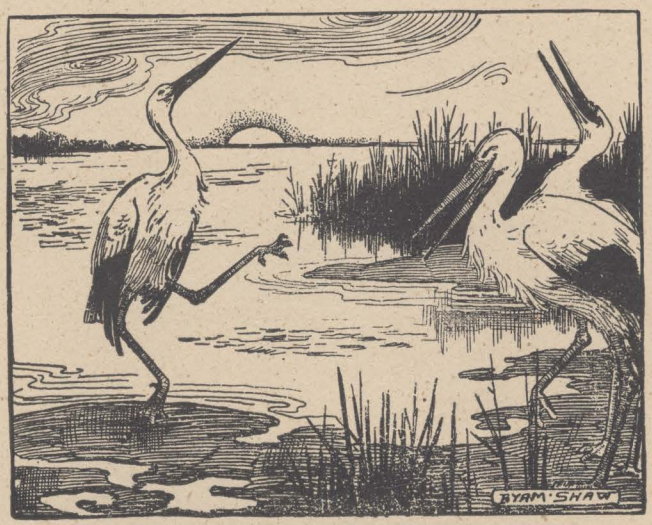
Honda impresión produjo en el ánimo de la lechuza el dis-

Alzaron los ojos y vieron una lechuza posada en la rama de un árbol próximo. (Pág. 40)

curso que acababa de oir, pues en realidad no tenía capacidad suficiente para comprender que los que tenía entonces por delante eran dos pájaros ordinarios y no personajes de elevada alcurnia y distinción, como ellos aseguraban; así fué que contestó con toda la urbanidad y todo el respeto que pudo, aconsejándoles que aplazasen hasta la mañana siguiente su presentación en el palacio del rey, para dar tiempo á que éste les preparara el recibimiento á que los hacía acreedores su importancia. La cigüeña necia extremó su amabilidad hasta el punto de aceptar el consejo y la hospitalidad de la lechuza. Procuró, pues, pasar la noche lo más cómodamente posible, y á la mañana siguiente recibió la visita de una cigüeña elegante que residía en el país.

Repitió la de nuestra historia lo que el día anterior había dicho á la lechuza: que eran forasteros de alto rango y distin-

ción, y que deseaban ser conducidos cuanto antes al palacio del rey, donde indudablemente serían recibidos como merecían. Esto hizo á la cigüeña elegante la misma impresión, poco más ó menos, que había sentido la lechuza, y la decidió á prometer que acompañaría á los forasteros al palacio del rey tan pronto como quedasen ultimados los preparativos necesarios. Mientras tanto, deseoso de manifestar á los distinguidos viajeros las perfecciones que la adornaban, principió á bailar con toda solemnidad y prosopopeya, hasta que una risotada de los dos espectadores vino á interrumpir su alegre ejercicio. Aunque á decir verdad sus



...principió á bailar con toda solemnidad y prosopopeya...

movimientos no podían ser más ridículos, no es menos cierto que los otros demostraron muy poca urbanidad al reirse de quien procuraba distraerlos.

La cigüeña necia trató de disculparse diciendo que esas danzas no solían verse en los círculos elegantes, únicos que ella había frecuentado, y que le era difícil contener la risa cuando veían figuras y pasos de baile completamente anticuados.

La acogida que había tenido su danza abochornó sobremanera á la cigüeña elegante, pero la opinión que se formó entonces de los forasteros, fué más alta que nunca.

Pasados unos momentos, dirigió sus miradas al río y dijo :

—¡ Feliz coincidencia ! Su Majestad el Sultán se dirige hacia nosotros en su barca, y con él viene su hija, la encantadora prin-

cesa ; de suerte que tendrán ocasión de presentarse á él antes de lo que habíamos pensado.

Irguióse cuanto pudo la cigüeña necia y paseó sus miradas por sus plumas para ver si todas ellas ocupaban el lugar debido ; hecho esto, volvióse hacia su hermano, medio muerto de miedo, y le dijo :

—Sígueme muy de cerca, y haz lo que me veas hacer. Ahora verá usted—añadió dirigiéndose á la cigüeña elegante, —cómo debe uno conducirse en los altos círculos sociales.

Dichas estas palabras, alzó el vuelo, y se dirigió majestuosamente hacia la barca del Sultán, acompañada muy de cerca por su hermano, mientras la cigüeña elegante y la lechuza, deseosas de admirar las costumbres de los altos círculos, la seguían á respetable distancia.

Aconteció que el Sultán había terminado su comida pocos momentos antes y estaba durmiendo una agradable siestita cuando notó con un asombro sólo comparable á su disgusto que una cigüeña, seguida de muy cerca por otra, aleteaba furiosamente junto á su misma cara y lanzaba un chillido penetrante. Su hija, muy asustada, se abrazó al padre como solicitando protección. La cólera del Sultán no tuvo límites, sobre todo cuando vió que el desvergonzado pájaro intentaba introducir en su faja su larguísimo pico.

Llamó el Sultán á uno de los remeros, dió una orden, y la cigüeña necia, antes que tuviera tiempo de darse cuenta de lo

...intentaba introducir en su faja su larguísimo pico.

que pasaba, recibió un golpe de remo en la cabeza que la precipitó, privada de sentido, en el río.

Al recobrar el conocimiento se encontró en la orilla en medio de un ancho círculo formado por la cigüeña elegante, la lechuza, su hermano y muchas otras aves que la miraban con ojos burlones.

—¡Caramba!—exclamó la cigüeña elegante,—¿es eso lo que pasa siempre?

—¿En los altos círculos sociales?—añadió la lechuza.

—¡Vámonos!—dijo la cigüeña necia á su hermano.—¡Vámonos cuanto antes! ¡Hemos venido á dar con nuestros cuerpos á un país inculto y salvaje todavía!

Al arrancar el vuelo, el hermano de la cigüeña guiñó picarescamente un ojo á la lechuza; y ese guiño parecía indicar que el fin del reinado de la cigüeña necia estaba ya próximo.

VIAJE SUBMARINO

Benjamín y Ricardito, amigos inseparables, estaban una tarde de verano en la playa, dentro de un bote viejo y fuera de servicio, cuando les ocurrió un suceso notabilísimo.

Hablaban de las sirenas, y decía Benjamín que no podía creer que existiesen semejantes seres. Sus negaciones sorprendían y disgustaban á Ricardito, para quien la existencia de esos seres no ofrecía la menor duda.

—No hables así, Benjamín, pues podría sucederte una desgracia.

—¿Por qué había de sucederme una desgracia?—preguntaba Benjamín.—No creo hacer mal á nadie hablando como hablo, ni veo por qué no he de manifestar francamente la opinión que me merecen semejantes disparates.

—Si sigues hablando así—replicó Ricardito,—te dejo y me voy á casa; no quiero indisponerme con ellas.

—¿Con quién?—preguntó Benjamín, riendo á carcajadas.

—¡Con nosotras!—contestó una voz argentina desde la banda opuesta del bote.

Volvieron los muchachos la cabeza, y ante sus asombrados ojos se alzó la figura de un ser extraordinario, maravilloso, sobrenatural. Parecía una niña, y en realidad era una niña, por lo menos desde la cintura hasta la cabeza, pero la mitad inferior de su cuerpo era una cola... ¡no cabía duda! Era una cola,

y una cola hermosísima. El ser que tan inopinadamente acababa de aparecer ostentaba una abundante y lustrosa cabellera negra, tenía una cara risueña y festiva con ojos chispeantes, y contemplaba á nuestros amigos con expresión á un tiempo placentera y burlona.

Antes que Benjamín y Ricardito se hubieran repuesto por completo, la sirena prosiguió :

—No te asustes, Ricardito. Las necias palabras de tu amigo no han causado en nosotras cólera sino lástima, y comprenderás que no queremos hacerte el menor daño. He venido sólo á llevar á ustedes dos á las profundidades del mar para enseñarles algunas de las maravillas que guardan y para darles una que otra leccioncita, particularmente á usted, caballerito.

Estas últimas palabras fueron dirigidas á Benjamín, cuyo espanto llegó hasta la locura.

La sirena tomó entonces de la mano á los niños, y momentos después, sin que pudieran nunca explicarse cómo había ocurrido eso, los dos se encontraron en el fondo del mar. El agua no parecía molestarles poco ni mucho ; y Benjamín notó que su traje continuaba perfectamente seco. Llegados al fondo, su guía les soltó las manos y se echó á nadar muy lentamente, mostrándoles el camino, para que la siguiesen á pie. El espectáculo que se ofrecía á los ojos de los amigos era el más encantador que habían podido imaginar. Si dirigían sus miradas hacia arriba, sólo veían una luz ténue, débil, verdosa, que les hacía suponer que allá debía estar la superficie, aunque lejos, muy lejos. En torno suyo nadaban de aquí para allá, sin rumbo ni dirección, verdaderos enjambres de seres raros, que ora se acercaban hasta sus mismas caras, ora se alejaban hasta desaparecer ; varias veces estuvo Ricardito á punto de chocar con alguno de esos peces curiosos. Innumerables conchas de todas formas, clases y dimensiones cubrían el suelo por donde caminaban ; las rocas aparecían revestidas de anémonas y peces-estrellas, pero mucho más grandes é infinitamente más hermosos que los que habían visto hasta entonces.

No tardaron en llegar á lo que al parecer era un bosque inmenso, bien que los árboles que lo formaban presentaban colores variadísimos, pues los había encarnados, amarillos, verdes y castaños, y todos se mecían suavemente en el agua. Embelesados quedaron al verlos Benjamín y Ricardito.

—¡ Parecen algas !—susurró este último.

Y así era en efecto.

El guía continuó nadando y abriéndose paso por entre aque-

lla densa masa de follaje, rogó á los niños que lo siguiesen. Obedecieron éstos la indicación, y notaron que, á medida que iban pasando, caían las hojas para formar una especie de túnel por el que podían pasar sin dificultad.

Pronto llegaron á un lugar donde las aguas se movían con

Y tomando á los niños de la mano, partió hacia arriba...

furiosa agitación. Alzábanse allí miriadas de burbujas y el agua había perdido su transparencia.

—¡Hola!—exclamó la sirena.—¿Qué es esto? ¿Alguna riña? ¡Eh! ¡Vengan acá!

Y tomando á los niños de la mano, partió hacia arriba con

una rapidez horrible, para no detenerse sino al llegar á la superficie, en lugar seguro.

—Era una riña—dijo cuando hubieron bajado de nuevo al fondo del mar.—Ese endiablado cangrejo y su vecino el avinagrado calamar son los camorristas más tremendos que he visto en mi vida. Como que no pasan el tiempo sino peleando. ¿Siguen todavía?—preguntó á un camarón que pasaba por su lado en aquel momento.

—¡Oh, ya lo creo!—respondió el camarón.—Y se pegan de lo lindo. Creo que el calamar es el que lleva la peor parte, y le está muy bien empleado. Siempre está lanzando chorros de su asquerosa tinta, y ensuciando el agua hasta el punto de que no se puede pasar por donde él anda.

—Serán denunciados cuando terminen—dijo la sirena,—y llevarán su merecido.

—¿Y á quién serán denunciados? — preguntó tímidamente Benjamín.

—¿A quién ha de ser? ¡Al padre Neptuno!—contestó la sirena.—¡Ah! no recordaba—añadió riendo,—que tampoco creerás en él ¿eh?

—¡Oh! le ruego que me perdone...—balbuceó Benjamín.

—¡Vaya, vaya!—interrumpió la sirena.—¡No se hable más del asunto! Hemos venido aquí para que vean lo que les rodea, y es preciso aprovechar el tiempo, pues yo tengo que dejarlos pronto para asistir á la clase de peinado que se da en la playa. ¡Miren! ahí tienen un grupo de sirenas, las más elegantes del mundo... ¡Como que tienen peines, espejos y todos los objetos de tocador que pueden necesitar!... ¡Atención!... ¿No oyen una música?... Es el concierto de las sirenas... el concierto que dan todas las tardes, á las cuatro en punto, con entrada libre. Pero ¡cuidado que tienen ustedes suerte, á fe mía! ¡Aquí llega el padre Neptuno en cuerpo y alma! ¡Háganse un poquito atrás, y descúbranse cuando pase!

Ofrecióse entonces á la vista de los amiguitos un espectáculo en alto grado impresionante. La figura, los ademanes, el talante del padre Neptuno eran verdaderamente regios; llevaba en la mano un poderoso tridente, y ocupaba un carruaje tirado por dos hermosos caballos de mar. Una sirena desempeñaba las funciones de cochero, y formaba la escolta de honor un numeroso grupo de langostas y peces-espadas.

No bien se perdió de vista la comitiva, la sirena confió á Benjamín y á Ricardito á los cuidados de un pez volador, amigo de ella, el cual, tomándolos á los dos sobre su lomo, los llevó á ver

...ocupaba un carruaje tirado por dos hermosos caballos de mar. (Pág. 47)

todas las maravillas que encierran las grutas del coral. Acababan de salir del último de los palacios, y Benjamín principiaba á sentir ganas de emprenderlas con la merienda, cuando vieron venir sobre ellos una inmensa muchedumbre de peces capitaneados por un pez-espada. Todos parecían estar muy excitados, como si se les hubiera hecho una grave ofensa, y en cuanto vieron á los niños gritaron con voces descompuestas :

—¡ Aquí están ! ¡ A ellos, á ellos ! ¡ No creen en las sirenas ! ¡ Ya son nuestros ! ¡ Que paguen cara su incredulidad !

Densa palidez cubrió el rostro de Benjamín ; el miedo paralizó sus movimientos, y seguramente habría terminado en aquel punto su existencia, si el bondadoso pez-volador no hubiera dicho :

—¡ Agárrense bien á mis aletas, y pronto nos veremos libres de esa chusma !

Comenzó entonces una carrera desesperada, vertiginosa, horrible. Benjamín y Ricardito se prendieron como sanguijuelas, muertos de miedo, pues comprendían de sobra que no se les trataría bien si caían en las manos, mejor dicho, entre las aletas de la encolerizada turba que los perseguía. Hubo un momento en que el pez-espada alcanzó con su prolongada nariz la espalda de Ricardito, pero poco á poco el pez-volador fué ganando terreno hasta que concluyó por dejar muy atrás á los perseguidores. En-

tonces comenzó á subir hacia la superficie, y á medida que subía, su velocidad iba en aumento; y momentos después los dos niños se veían lanzados fuera del agua.

Benjamín miró á Ricardito, y Ricardito miró á Benjamín.

—¿Qué dices ahora?—preguntó Ricardito.

—Que era cierto lo que contabas, aunque hablabas sin saber —respondió Benjamín.

EL PRÍNCIPE Y LAS BURBUJAS DE JABÓN

Erase un príncipe joven, guapo, elegante, inteligente é hijo único de los reyes de una nación grande y rica. Desechando los gustos corrientes y ordinarios, no le agradaba montar á caballo, ni cazar, ni divertirse de ninguna manera. No lo distraían más que los libros. Pasábase horas y horas en su habitación, situada en la atalaya más alta de uno de los ángulos del palacio real, y cuando había principiado la lectura de una historia nada ni nadie podía sacarlo de aquel lugar hasta que hubiese vuelto la última página y leído la última palabra.

Deseaba el rey con verdadero anhelo casar á su hijo cuanto antes, pues creía que ya era tiempo de que se estableciese eligiendo una princesa que llegara á ser reina excelente cuando el príncipe tuviese el gobierno de su nación. El príncipe, sin embargo, no pensaba en semejante cosa; afirmaba que era muy feliz y que no necesitaba introducir en su vida cambio alguno; prefería ser príncipe á ceñir la corona de rey; y en cuanto á las princesas... las princesas, á su juicio, eran desagradables, y según lo que en muchos libros había leído, todas, ó la mayor parte de las mujeres, eran atolondradas, necias y vanidosas: las únicas que en su opinión se apartaban de la regla general, eran su madre y su prima Jacobita.

No renunció, empero, el rey á sus propósitos, y para que su hijo variase de opinión invitó á muchas princesas á permanecer en el palacio real; pero el príncipe las miraba, les hacía una pregunta (pregunta de sencillísima contestación, según él; por ejemplo: «¿Cuántas son cinco vigas?») y si la princesa contestaba mal, ó no respondía ni bien ni mal, se retiraba á su habitación, situada en lo más alto de la atalaya, y reanudaba sus lecturas.

Como es natural, no hacía mucha gracia á las princesas ser

tratadas de esa manera, y algunas manifestaron al rey la opinión que los modales del príncipe les merecían. Pasado algún tiempo, no se encontró una sola princesa que aceptase la invitación del rey, presentándose en el palacio; no querían, decían ellas, ir adonde se las insultaba.

Para el príncipe fué un motivo de alegría la actitud de las princesas; de esa suerte lo dejarían en paz y podría leer cuanto se le antojase. Un poquito le escarabajeaba la conciencia saber que su padre estaba disgustado con él; pero ¿cómo casarse con alguna de las princesas que había visto, si todas eran ignorantes y necias, y ni una sola hermosa?

Estos pensamientos embargaban un día su imaginación cuando vió á su prima Jacobita asomada á la ventana de su habitación, situada precisamente en otra atalaya que daba frente á la suya. Parecía... ¡pero no; imposible!... y sin embargo... ¡sí! ¡no cabía duda! ¡tenía una pipa en la boca!... Momentos después rompía á reir el príncipe, porque acababa de darse cuenta de su equivocación. No fumaba su prima Jacobita, como había supuesto al principio: estaba soplando burbujas de jabón... Encantó al príncipe ese juego, y momentos después, estaba también soplando burbujas de jabón.

Largo rato hacía ya que el príncipe estaba entretenido en esa diversión cuando salió de la paja con que soplaba una burbuja que llamó poderosamente su atención. Creció la burbuja, creció mucho, sus colores se hicieron cada vez más bellos y delicados, y al desprenderse quedó flotando en el aire, delante del príncipe, y brillando á la luz del sol. ¡Juzgad cuál sería el asombro del príncipe cuando vió dentro de la burbuja los contornos vagos é indecisos de una cara! Esta fué tomando formas más claras y precisas, hasta que se convirtió en un rostro admirablemente hermoso. Eran sus ojos de color azul obscuro, rojos como claveles sus labios, blanca como la nieve su cara, encuadrada en una masa de cabellos rubios como el oro. Jamás el príncipe había visto una cara tan prodigiosamente bella, y al instante resolvió consagrarse á la dueña de esa cara, y á nadie más. Mientras estaba arrobado en su contemplación, los labios que tenía delante dibujaron una encantadora sonrisa, brilló un destello luminoso en los azules ojos, y... reventó la burbuja.

El príncipe se presentó sin perder momento á su padre, manifestándole la resolución que acababa de adoptar y comunicándole sus deseos de partir en busca de la dueña de la hermosa cara que había visto en la burbuja; huelga decir que el rey, en-

tusiasmado al ver á su hijo dispuesto á casarse, se apresuró á acceder á sus deseos.

Partió, pues, el príncipe á recorrer el mundo, visitó todas las cortes de que tenía noticia, se hizo presentar muchos centenares de doncellas hermosísimas, pero en ninguna parte halló una cara tan bella como la que había visto en la burbuja. Continuó viajando, surcó todos los mares, tuvo ocasión de admirar muchísimas princesas, las vió de tez muy morena, de tez negra, de tez amarilla, las vió blancas como la nieve, de hermosa cabellera rubia como el oro y de ojos que despedían destellos, pero no logró dar con la dueña de la cara que había visto en la burbuja.

Al cabo de dos años largos de incesantes viajes, regresó á su tierra fatigado y lleno de desaliento. Manifestó á su padre que viajaría un año más, y que si era tan desgraciado como hasta entonces abandonaría su empresa y se retiraría á la atalaya para siempre.

Partió, pues, de nuevo, y visitó los lugares más remotos de la tierra en busca de la dama de sus sueños, pero una vez más tuvo que volver á su país sin encontrarla. Dirigíase al palacio, triste y abrumado de pesar, pues iba á despedirse para siempre del rey su padre, de su madre, de sus amigos, para encerrarse en el cuarto de su atalaya, cuando al pasar junto á la que ocupaba su prima Jacobita notó que caía algo sobre su casco de pulido acero.

Alzó la vista, y no pudo contener un grito de admiración: acababa de ver la cara que había contemplado en la burbuja, la que había buscado

...notó que caía algo sobre su casco...

inútilmente por el mundo entero teniéndola en su mismo palacio, pues ese era el rostro de... ¡ su prima Jacobita precisamente !

—¡ Bien venido, querido primo !—le dijo la joven sonriendo y dejando escapar de sus ojos brillantes destellos.—¿ Has tenido más suerte esta vez ?

—¡ Sí !—contestó el príncipe.—¡ Al fin la encontré !

—Explícame quién es—continuó ella.—¿ A quién se parece ?

—Ven, y verás—replicó el príncipe.

Bajó Jacobita ; el príncipe la acompañó á una fuente que había en el centro del jardín del palacio, y le dijo que mirase al fondo, pues allí estaba la dama que lo había obligado á emprender tan largos y penosos viajes. Miró Jacobita, y vió su propia cara reflejada en las límpidas aguas.

—¿ Soy, pues, yo la señora de la burbuja ?—preguntó ruborizada.

—¡ No !—contestó el príncipe, en tono arrebatado.—¡ Eres la señora de mi corazón !

La alegría del rey y de la reina no tuvo límites al saber lo que ocurría, pues Jacobita era justamente la favorita de los dos. El príncipe no tardó en casarse, y todos quedaron contentos y satisfechos.

LAS HADAS DE FUEGO Y LOS ESPÍRITUS DE HUMO

Estaba sentada Leticia junto á la chimenea con Príncipe, su perro. Era una tarde de invierno, el sol se había puesto y las sombras de la noche envolvían ya á la tierra, pero la doncella no había encendido aún el gas. No tenía miedo Leticia, á pesar de todo, pues en la chimenea ardía un brillante fuego y á su lado estaba Príncipe, que era un buen compañero. Además, la viva llama de los leños que en el hogar se consumían, y el humo, que subía en espirales dentro de él, eran un espectáculo más que suficiente para que la niña se encontrase entretenida.

Aquella chimenea era preciosa, con su correspondiente rejilla, y precisamente esa tarde había colocado la doncella muchos troncos que crujían despidiendo una lluvia de brillantes chispas que parecían saltar sobre el guarda-fuego y juguetear sobre la alfombra.

Leticia estaba, pues, sentada, junto á la lumbre, y se apoyaba en Príncipe. En su carita, sonriente y animada, adivinábase

el júbilo de su corazón. Estaba deseando que la doncella tardase en llegar... Nada más curioso que las formas raras y caprichosas que adoptaba el humo antes de emprender definitivamente el viaje por la chimenea, y si eso era curioso, no se quedaban atrás las llamas : ¡como que cualquiera hubiera dicho que eran personas de carne y hueso las que bullían y se solazaban en el fuego!

¡Crac, crac, pif, paf, pum!

Saltó otra lluvia de brillantes chispas, una de las cuales cayó sobre el delantal de Leticia. Príncipe alzó las orejas, y Leticia oyó una vocecita que decía :

—¡La he recogido! ¡Albricias!

Envueltos en las espirales de humo danzaban varios seres... (Pág. 54.)

Leticia fijó sus miradas atónitas en el fuego. ¡Sí!... ¡Efectivamente, allí había gente! La veía con toda claridad, y por si no hubiera bastado verla, acababa de oirla también.

Envueltos en las espirales de humo danzaban varios seres de color gris, y giraban con tal rapidez, que se hacía difícil distinguirlos del humo; debajo se veían otros seres más delicados jugueteando entre las llamas. Estos últimos vestían lindos trajes color fuego, y creo inútil decir que había que tener muy buena vista para no confundirlos con él.

Al parecer, las Hadas de las llamas querían impedir que los espíritus del humo se escapasen por la chimenea, y al efecto luchaban, bregaban y contendían entre sí, aunque en buena forma y sin enfadarse. Cada vez que se escapaba un espíritu del humo, era perseguido encarnizadamente por una Hada de las llamas. El juego no podía ser más entretenido, y Leticia, aun cuando no tomaba parte en él, estaba encantada.

Cuando más entretenida se encontraba, una Hada de las llamas se detuvo un instante para contemplarla; oyóse á continuación un *pif, paf, crac*, y partió de los troncos otra lluvia de chispas. Buscó Leticia un objeto que acababa de caer á sus pies, y con gran asombro vió que era una esquela real y positiva, en cuyo sobre resaltaban claras y hermosas letras coloradas que decían: «A Leticia». Lo abrió inmediatamente, y encontró dentro una tarjeta impresa con esta leyenda:

EL REY CARBÓN

Se quedará en su casa esta tarde.

HABRÁ MÚSICA Y REFRESCOS PALACIO HORNILLA

—¡Vamos ¡Vamos!—dijeron las vocecitas.

Alzó Leticia los ojos y vió que las Hadas le hacían señas para que las siguiese; vaciló un momento, pero luego llamó á Príncipe para que la acompañase, y partió.

Cómo hizo el viaje es algo que ella misma no ha podido decir nunca; pero lo cierto es que llegó á una especie de campo, cubierto todo de ceniza, donde no se veía ni una hierbecita, y que parecía estar ardiendo, bien que, á decir verdad, no estaba muy caliente.

Pasó junto á dos horribles dragones acurrucados á ambos lados de una puerta. Uno era negro y el otro rojo, y los dos ostentaban inmensas colas enroscadas, y los dos tenían por ojos enormes carbones encendidos, y los dos lanzaban por sus narices chorros de vapor y llamas.

Al pasar Leticia á su lado, seguida por Príncipe, el dragón negro alzó la cabeza y preguntó :

—¿Quién va?

—Yo—contestó Leticia sin asustarse poco ni mucho.—Yo, que vengo con Príncipe, porque el Rey Carbón nos ha invitado.

—¿De qué color es tu pelo?—preguntó el dragón rojo dando furiosos resoplidos.

—Rubio—contestó Leticia.

—¡Pase el cabello rubio!—dijeron á una voz los dos dragones, tumbándose nuevamente.

—¡Menos mal!—exclamó Leticia;—¡es la primera vez que tengo que felicitarme de que mi cabello sea rubio!

Abriéronse de par en par las enormes puertas, y Leticia y Príncipe penetraron en un salón vastísimo. Apenas hubieron entrado cuando salieron á recibirlos alegres llamas que les indicaron un sitio en el fondo del salón.

Encontraron allí un personaje muy gordo, con la cara enteramente negra, ojos de color rojo brillante, y que tenía ceñida la cabeza por una inmensa corona de oro. A un lado del trono donde ese personaje estaba sentado había un servidor teniéndole la pipa; al otro lado, otro servidor sostenía una jarra de buen tamaño llena de un líquido humeante. Detrás del trono había tres hombres altos, muy altos, provistos de sendos violines.

Al aproximarse Leticia y Príncipe, se animó la cara del monarca y sus encarnados ojos brillaron de alegría.

—¡Perfectamente!—exclamó.—¡Habéis llegado muy á tiempo! En mi tarjeta se hablaba de refrescos ¿no es verdad?

—¡Sí, Majestad!—contestó Leticia.

—¡Mi jarro!—gritó el Rey entonces.

Un servidor dió un paso al frente, llevando en su mano la jarra.

—Vuestra Majestad es muy amable de interesarse por mí tan pronto—dijo Leticia.

Pero se equivocó grandemente. En lo que menos pensaba el Rey en esos momentos era en ofrecerle el jarro; lo que hizo fué bebérselo todo de un trago, y el contenido debió ser muy de su gusto porque, haciendo chasquear la lengua, dijo :

—Mi tarjeta no decía que los refrescos fueran para ti, ¿sabes?

Leticia puso cara de pocos amigos; no estaba dispuesta á consentir ser juguete de nadie. El Rey Carbón, sin embargo, se quedó muy fresco, sin que se le importara un ardite el enfurruñamiento de Leticia. Pidió á gritos su pipa, y momentos después lanzaba nubes de humo sobre la cara y los ojos de la invitada, cuya irritación, como es natural, iba creciendo.

—Paréceme—dijo Leticia á Príncipe—que no es muy correcta la manera que tiene el Rey de atender á sus invitados.

—Decía mi tarjeta que yo estaría en mi casa, ¿no es cierto? —contestó el Rey Carbón, para el que no pasaron inadvertidas las palabras de Leticia—y no estaría realmente en mi casa si no fumase mi pipa.

La indignación de Leticia no tuvo límites, pero guardó silencio. Mandó entonces el monarca que tocasen los violines, y los hombres altos que estaban detrás del trono principiaron á tocar una sonata horrible. Chillaban y gruñían y bramaban las cuerdas de los endiablados instrumentos, y cuanto más ásperos é insoportables eran los sonidos, tanto más agradaban, al parecer, al Rey Carbón.

—Lamento tener que dejar á Vuestra Majestad—dijo Leticia, sin poder contenerse ya;—pero vuestra tarjeta decía «música», y esto es más bien una algarabía de gatos que un concierto.

No bien salió de los labios de Leticia la palabra «gatos», cuando Príncipe dió un ladrido penetrante y seco. Todo se desvaneció, y Leticia se encontró otra vez junto á la chimenea. Fuera, en el jardín, oíase una animada algarabía gatuna, y Príncipe estaba asomado á la ventana ladrando furiosamente.

Leticia fijó sus miradas en el fuego. No se veían ya ni Hadas de la llama ni Espíritus del humo.

—¡Vaya!—dijo para sus adentros mientras la doncella encendía el gas.—Celebro no haber asistido á esa fiesta, pues el Rey Carbón no parecía ser muy fino.

LA ZORRA Y LA CIGÜEÑA

Una zorra convidó a comer a una cigüeña, y dispuso en su obsequio una gran fuente de caldo de gallina. La cigüeña no pudo tomar ni una gota con aquel su pico tan largo, mientras que la zorra se zampó en un periquete todo el caldo, lamiéndolo con la lengua. Al cabo de días, la cigüeña, que era muy cortés y cumplida, quiso corresponder al obsequio de la zorra y la convidó a su mesa, poniéndole una redoma de cuello estrecho llena de carne trinchada, o sea lo que llaman jigote. La zorra no pudo meter el hocico en la redoma y hubo de contentarse con lamerla por fuera, al paso que la cigüeña, cuyo pico entraba cómodamente en la redoma, se comió todo el jigote. Después de comer, le dijo a la zorra: «Amiguita mía, tú me dejaste en ayunas al convidarme, y te he pagado con la misma moneda.»

Esto enseña que donde las dan las toman, y que a todo hay quien gane.

ESOPO.

ÍNDICE

PÁGS.

Las Hadas y la Bruja. 1

La Tortuga y el Sapo. 5

Las lágrimas preciosas. 8

Cómo encontró Pulgarcito el automóvil. 14

La Princesa y el Aguila. 17

La Princesa del mar. 23

El Príncipe orgulloso y la princesa voluntariosa. ... 31

La Cigüeña necia... 40

Viaje submarino. 44

El Príncipe y las burbujas de jabón. 49

Las hadas de fuego y los espíritus de humo. 52

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

TOMOS PUBLICADOS

Mi primera lectura.
Horas felices.
El mundo animal para niños.
El amiguito.
Escuela de animales.
Aventuras de animales.
Los niños de otros países.
El libro del nene.
Niños buenos y niños malos.
Cuentos para niños.
El país de las maravillas.
Cuentos de hadas.
El mundo maravilloso.
Mi libro favorito.
Episodios y aventuras.
Lecturas de la Historia Sagrada (Vida de Jesucristo).
Episodios de la Historia Sagrada (Antiguo Testamento).
Narraciones.
Tardes de otoño.
El mundo de los niños.
Las tribulaciones de Meterete.
Leedme.
Episodios de animales.
Los hijos del héroe.
El libro de las maravillas.
Historias de animales.
El libro de los niños.
Cómo juegan los niños de todo el mundo.
La hija de Juan Palomo.
El aventurero.
La ciudad del oro.
La isla desconocida.
El país de los antropófagos.
Los misterios de la selva.
Pirulete en el país del sueño y de la holganza.
Lecturas infantiles.
La voz de los niños.
Cómo viven los niños de otras razas.
Cómo trabajan y estudian los niños de todo el mundo.
Fábulas de Samaniego.
A B C. El libro de oro de los niños.

CUENTOS ILUSTRADOS PARA NIÑOS

VOLUMENES PUBLICADOS

Pobre viejecita.
Simón el tonto.
El perro ladrón.
El león Melenas I.
El gato bandido.
El renacuajo bailador.
El gato presumido.
Micita y Micillo.
Los tres gatitos.
Caperucita roja.
Los dos conejitos.
La Cenicienta.
Barba azul.
La bella durmiente del bosque.
Micifuz el de las botas.
Pulgarito.
Piel de asno.
Las hadas.
El perro con piel de tigre.
El león, la zorra y el gavilán.
Riquet el del copete.
El astuto Pistolongue.
Aventuras de Marmolillo.
El sueño de Maruja.
Yo nunca miento.
La tonta Petronila.
Arnoldo y César.
La cerda [illegible] rdito.
Los m[illegible] nes.
Mami
[illegible] o.

BIBLIOTECA SELECTA

VOLUMENES PUBLICADOS

1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen (tomo 1.º).
11. Cuentos de Andersen (tomo 2.º).
12. La cabaña del Tío Tom.
13. Robinsón.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales.
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales.
21. La pícara vanidad.
22. Un charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El ángel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «Cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.